

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1871. — Tomo XXXVIII.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 30. — N° 968.

Administración general y Redacción: Passage Saulnier, número 4, en París.

## SUMARIO.

El pago de los cinco mil millones de francos: Llegada al Banco de Estrasburgo de un carro de dinero á cuenta

de los pagos de la indemnización de guerra; grabado. — El palacio de Tullerías. — Historia: Muerte de Ricardo Corazón de León, rey de Inglaterra. — El Hotel de Villa de París; grabados. — Revista de París. — Poesía: A la muerte de una joven. — Una hora en casa de M. de Lamartine. — As-

nières; grabados. — Escenas de la vida inglesa: El Obrero. — El orgullo de un hombre. — Explosión de la cartuchería de Vincennes; grabado. — Tienda de un jefe caledona; grabado. — Bernabé Rudge, novela escrita en inglés por Carlos Dickens. — La Nueva Caledonia y los neo-caledonios; grabados.



El pago de los cinco mil millones de francos. — Llegada al Banco de Estrasburgo de un carro de dinero á cuenta de los pagos de la indemnización de guerra.

## El pago de los cinco mil millones

DE FRANCOS.

La entrega de los cinco mil millones de francos que la Francia debe pagar á la Alemania, por indemnización de guerra, se efectúa en Estrasburgo.

Otra amargura mas para los desdichados habitantes de aquella ciudad, que ven pasar á sus ojos el dinero exigido por los vencedores.

En estos últimos dias, los carros de la compañía del Este han empezado á llevar en monedas de 5 francos las cantidades de la indemnización.

Cada carro lleva 500,000 frs. en talegos de 40,000 frs., y así han llegado ya algunos centenares de millones.

Los carros escoltados por soldados prusianos, llegan hasta la plaza del Broghe, donde está la sucursal del Banco de Francia en Estrasburgo, en cuyo establecimiento se hace la entrega. Un empleado francés acompaña á cada carro para atestiguar la exactitud del acto.

Tal es la escena que representamos en el primer dibujo de este numero.

C. L.

## El palacio de Tullerías.

(Conclusion. — Véase el número 967.)

En esa misma pieza ví en otro tiempo un admirable retrato de Eugenio de Beauharnais con uniforme de oficial de ordenanza del general Hoche, rubio, imberbe todavía, con la mirada altanera, radiante de juventud, una especie de Saint-Just soldado; sombrero enorme con plumas tricolores, guantes negros, brazal tricolor á la izquierda y la mano apoyada en el sable. El retrato estaba encima del tocador de Napoleon. Si no se ha sacado de allí antes del incendio, es una gran pérdida; una pintura histórica, es, en efecto, una página de historia.

Seguia el cuarto de Napoleon, colgado de amarillo, todo dorado, solemne y triste. Otro monton de escombros. La cama de ornatos dorados, en forma de cascotes, los bustos de mármol, los cofres, los espejos, las esculturas, todo se ha hundido. El cuarto estaba lleno de cigarrillos y de armas. Se siente ahí como unas emanaciones calientes de ácido sulfúrico, olor que llega sin duda de la aglomeración de azufre y de las aguas sulfurosas de la sala de baños. Aun no se han limpiado las piezas que servían de gabinete de trabajo á M. Conti, á M. Pietri, el secretario y al general Frossard. ¡Qué de papeles preciosos convertidos en ceniza! Todas las relaciones del imperio con las asociaciones obreras, cooperativas é internacionales, han desaparecido, con tantos otros documentos! Y ese punto de historia contemporánea, era, por cierto, interesante. El imperio ha hecho cuanto ha podido para seducir con promesas y con cruces á los obreros, y aquellos papeles demostraban que muchos, y aun de los mas turbulentos, no estaban al abrigo de la seducción.

Luego habia las felicitaciones de las provincias despues del golpe de Estado, despues del plebiscito, en el momento de la guerra, y mil y mil papeles útiles para la historia de los últimos veinte años. ¡Un frasco de petróleo ha acabado con todo!

El gabinete del general Frossard, situado al extremo de las habitaciones, cerca del pabellon de Flora, era bastante severo; estaba lleno de armas escogidas, de modelos de fusiles, de mapas y de dibujos. Allí habia reunidos tres ó cuatro estandartes de la guardia y banderas mejicanas que han debido perecer en el incendio.

Encima de los aposentos del emperador estaban los de la emperatriz, con vistas á los jardines. Hoy se sube á ellos por una escalera de mano. Todas las seducciones, todas las gracias en arte mundano se habian prodigado en aquellas habitaciones femeninas. Faustino, Besson y Chaplin habian querido rivalizar con Boucher y J. B. Pierre. Los tonos eran suaves, de un verde claro, de un azul tímido, de un rosado delicioso. Hoy los suelos están hundidos, el cielo aparece al través de los techos, las ventanas se abren siniestras sobre el magnífico jardín siempre apacible y risueño, que la Convención ocupe el palacio, que reine en él Luis Felipe, ó que huyan los Bonaparte. Las paredes, lamidas por la llama, dejan ver sus pinturas abolladas y que se caen en conchas como las cortezas de los plátanos. Los adornos dorados se desprenden al menor soplo sobre la armadura de hierro de los suelos cubiertos de brasa. Todo está consumido y devorado.

La primera pieza, donde se sonreían en elegantes medallones los tipos femeninos de todo el universo, españolas, italianas, escocesas, chinas, etc.; los muebles Luis XV, de sorprendente belleza, cincelados, con admirables ornatos de bronce, todo quemado. El gabinete parece un horno de yeso. Las pinturas de Dubufe han volado. Los mueblecitos de Trianon, que contenían tantas preciosidades y donde se ve la pluma de águila que

firmó el tratado de Paris, despues de la toma de Sebastopol, han desaparecido.

Nada mas curioso y característico que el cuarto de la emperatriz, con un confesionario portátil, ó mejor dicho, incrustado en la pared, con la capillita especial blanca y dorada.

¡Qué de reliquias! Reliquias del santo pesebre de Belen «regaladas á SS. MM. II. por las religiosas de la Tierra Santa;» imágen del *santo Bambino* del Ara-Cœli en Roma, bendecida en el santo pesebre de Belen; reliquias de los huesos de Santa Eugenia, virgen y mártir; reliquias del cordon de San Francisco de Asis; piedra de la tumba de Cristo; todo conservado en almohadillas perfumadas.

En la biblioteca habia una considerable cantidad de libros religiosos; y luego estaban las obras de Proudhon que estudiaba la emperatriz; la colección de escritos relativos á María Antonieta, las obras de Lamartine y de Victor Hugo. Las poesías de Victor Hugo eran la única obra que la emperatriz habia firmado en la portada de su puño y letra: *Eugenia*.

Los aposentos del príncipe imperial estaban paralelos á la galería de Diana, donde se daban cenas en las noches de baile. La emperatriz hacia trasportar sus vestidos puestos en maniqués por un ferro-carril; y el mismo medio se empleaba para traer los manjares del fondo de las cocinas al pabellon de Flora. ¿Qué queda de todo eso?

La sala de los Mariscales, donde circulaban los convidados y los curiosos, la galería de las Fiestas, larga y soberbia, con sus pinturas, sus estatuas, sus candelabros, la sala del Trono, con sus tapicerías de Gobelinos, el salon de la Paz, la sala del Consejo, majestuosa y severa como un palacio de Luis XIV, todo está destruido, hundido; es una devastación completa. La llama ha dado á los dorados que quedan allá y acullá no sé qué relieve bronceado que se armoniza con el tono rosado ó sombrío de las paredes. Cuando se atraviesan esas salas pasando de una viga á otra, se cree uno estar en alguna ruina de los pasados siglos, al través de Heidelberg incendiado, ó visitando Pompeya, blanca, erguida y orgullosa bajo el cielo de Italia.

¡Cuántas pérdidas á la vez! Los retratos de mariscales, el de Berthier, admirable como el mejor de los retratos de David, los jarrones de Sevres, los cuatro bustos de los emperadores de la decadencia, Oton, Neron, Tiberio y Vespasiano, de pié en sus zócalos de mármol rojo, todo eso ya no existe. Los ornatos se desprenden miserablemente al menor soplo de viento. La *capilla* es una tumba vacía, de la que solo quedan las columnas. El teatro ha desaparecido, y únicamente el puesto del escenario se dibuja en la pared pelada. Todo lo que fué lujo y belleza en el palacio, yace por el suelo al estado de fragmentos de vidrio, de porcelana, de mármol ó de bronce que se llevan los curiosos á guisa de recuerdo.

Y como una ironía, como un desafío al incendio, en medio del palacio ruinoso, permanece intacta la escalera que conducía á la galería de las Fiestas, con sus dos estatuas de mármol que representan mujeres sentadas, y que en su actitud meditabunda parecen las señoras petrificadas de ese lugar calcinado. Al través de las brechas que hizo el fuego, penetra el olor de los naranjos; las flores mezclan su aroma con ese olor siniestro de las ruinas, olor de yeso quemado y de petróleo, olor de cadáver de monumento.

¡Así debían acabar las Tullerías! ¡En algunas horas debia desaparecer ese conjunto de piedra, á manos criminales! Era el palacio de los reyes, pero era tambien el palacio del pueblo, y ellos lo olvidaban ó lo ignoraban. En el lugar del teatro se habia reunido la Convención, se habian aplaudido los nombres de Valmy, Jemmapes y Fleurus, se habia deliberado á la sombra de las banderas tomadas á la Alemania. Despues, durante el sitio, fué refugio de los heridos y enfermos. Muchos de los que murieron en Paris por la Francia exhalaban allí el postrer suspiro. El palacio se convirtió en enfermería. ¿Cómo no se acordaron? Y lo quemaron todo, todo lo que vió el nacimiento de un rey ó la agonía de los soldados y de los ciudadanos.

Al alejarnos echamos otra mirada al monton de escombros, y descubrimos un chaqueton de federado, de color oscuro, con cuello y vivos rojos, que no se ha consumido en el vasto incendio. Así tambien en el ministerio de Hacienda se ve una cortina de seda azul que se ha salvado de las llamas. El chaqueton yace entre las cenizas.

En la pared se pueden descifrar algunas inscripciones que dejaron los vencedores del 18 de marzo.

Por ejemplo *Gran sala de baile de la 6ª compañía, 231º bat. de Belleville*. Y mas allá se lee: *Gran baile el 10 de mayo de 1871, dado por el ciudadano Haafer, tirolés, cabo*.

Mas lejos aparece en otro monton de restos de escultura, de pedazos de jarrones del Japon y de Sevres, un brazo de estatua terso y blanco con ondulaciones de cuello de cisne. Nos inclinamos y vemos tambien caracteres trazados en un fragmento de mármol. Es un resto de algún friso caido del palacio. En cuanto á la inscripción, fácil de leer, es bien terrible, sobre todo en aquel lugar y en aquel resto. Dice: *Imperio es...*

Lo demás falta, pero la realidad concluye la frase. *El imperio es la paz*, dice el mármol. Y el eco de ese lugar de muerte parece responder: *El imperio es... esa ruina*.

JULIO CLARETIE.

## Historia.

MUERTE DE RICARDO CORAZON DE LEON, REY DE INGLATERRA.

I.

Apenas se encontrará en la historia de las naciones extranjeras un personaje mas conocido en España y mas popular que Ricardo Corazon de Leon. Los extraños acontecimientos y vicisitudes de su vida, su carácter, su valor, su participación en una célebre cruzada, y otras mil circunstancias romancescas, le han asegurado eterno renombre y celebridad.

Un distinguido novelista de nuestros dias, cuyas obras gozan con justicia de una fama universal, ha conseguido aumentar la de Ricardo, con introducirlo como personaje principal en dos ó tres de sus producciones, que han sido introducidas en nuestro idioma. Sin embargo, no todos los sucesos de su agitada vida son igualmente conocidos, pues si su residencia en Palestina ocupa mucha parte de la historia de las cruzadas, y ha dado margen á dos preciosas novelas, el *Talisman* y *Matilde ó las Cruzadas*, si su vuelta á Inglaterra forma parte de la acción de otra de no menos mérito, el *Ivanoe*, las revueltas que promovió viviendo aun su padre, su prision en Alemania, y sobre todo su poco gloriosa muerte delante de los muros de un miserable castillejo, á cuya conquista le impelia una mezquina avaricia, son hechos apenas conocidos en España.

No carecerá, pues, de interés, la relación de este último suceso, que finalizó repentinamente una tan brillante carrera, y que forma por sus circunstancias un gran contraste con las demás hazañas de Ricardo y con los inminentes peligros que antes le amenazaron en vano.

Vidomar, conde de Limoges, habia descubierto, segun refieren las crónicas, en su castillo de Chalus-Chabrol, en Aquitania, unas estatuas de oro, sentadas en una mesa, tambien de oro macizo. El hallazgo se verificó en una profunda gruta de los subterráneos del castillo, y segun las inscripciones que estaban grabadas en ellas, las estatuas eran las de Lucius Capreolus, procónsul de Aquitania, y su familia.

Hallábase á la sazón Ricardo en la abadía de Grammot, á la que habia ido á ofrecer á San Esteban de Muret su armadura de cruzado. El prior del convento le notició el descubrimiento hecho, y el impetuoso Ricardo exclamó con vehemencia:

— Ese tesoro es mio, me pertenece como soberano; y si el vizconde se atreve á ocultar una sola onza de metal, le haré ahorcar de la torre mas alta de su castillo. Que vayan inmediatamente á decirle que quiero las alhajas íntegras, y que se guarde de hacérmelas esperar mucho.

Hallábase en efecto Ricardo en situación muy apurada. La última guerra que acababa de sostener con el rey de Francia habia agotado todos sus recursos de hombres y dinero, en términos que solo tenia á su alrededor un puñado de soldados.

El prior en tanto envió el mensaje al vizconde, que contestó rehusando terminantemente obedecer.

El furor de Ricardo no tuvo límites. Mandó llamar inmediatamente al jefe de una de las hordas conocidas con el nombre de *Desolladores*, que en aquella época devastaban el país con la tácita aprobación del rey. Llamábase Mercaders, y obedeció al momento, presentándose en el convento, con harto sentimiento del reverendo abad, que veía profanado un asilo religioso con la presencia de un bandido asesino, temido y odiado de todos. Era de alta estatura y repugnante rostro, y traía puesta una armadura de acero sin blasones. Quitóse el casco é incó una rodilla en tierra para saludar al rey, aunque bien se dejaba ver que no estaba acostumbrado á semejante ceremonia, y que le incomodaba el verificarla.

— Hay largo tiempo que haces la guerra en mi nombre, le dijo el rey, y siempre han sido para tí los productos. Ahora necesito tu ayuda. ¿Puedes proporcionarme tu gente para tomar el castillo de Chalus?

— Todos los míos, señor, están á vuestra disposición, y yo con ellos, con tal que se nos deje ahorcar á los hermanos de la *Cofradía de la paz* y saquear despues del asalto.

Esta *Cofradía de la paz* era una asociación formada para perseguir y exterminar á los Desolladores.

— Poco á poco, dijo Ricardo; en cuanto á ahorcar, que hagan lo que quieran; lo que es saquear, lo harán despues que yo. El tesoro de Chalus es mio, y juro por las reliquias de San Leonardo que si alguno de vosotros se atreve á mirarlo siquiera, será descuartizado. Además de que tus soldados cobrarán un *sueldo de plata* diario, y ya sabes que soy generoso.

— Sea, señor, como lo deseais, respondió Mercaders, cuya brutalidad cedía al indómito carácter de Ricardo.

En consecuencia de este contrato, fué atacado Chalus por las escasas tropas del rey de Inglaterra, reforzadas por la borda de asesinos que mandaba Mercaders. El castillo estaba bien fortificado, abundantemente provisto de víveres y con numerosa y aguerrida guarnición, compuesta de los numerosos vasallos del vizconde. En ausencia de este, que habia ido á solicitar socorros de los barones de Poitou sus parientes, mandaba la plaza

un joven guerrero llamado Bertran de Gourdon, y lo hacia con tal acierto, y adoptando tan buenas medidas de defensa, que era de esperar que el castillo se sostuviese largo tiempo.

Sin embargo, el dia 26 de marzo por la mañana enviaron los sitiados á Ricardo un heraldo, por medio del cual le ofrecian la mitad del tesoro, con tal que levantase el sitio. Pero el rey, cuya cólera habia subido de punto con la resistencia experimentada hasta allí, lo despidió con desprecio, diciéndole que no desistiría de su intento hasta que las deseadas alhajas estuviesen en su poder y todos los rebeldes defensores del castillo ahorcados de sus almenas, lo que prometia hacer aquel mismo dia, y cenar por la noche en la mesa de oro.

Despidióse compungido el heraldo, aunque despues de haber indicado que sus compañeros se defenderian hasta el último extremo.

El rey se dirigió despues á Mercaders, que estaba presente, y le preguntó qué le parecia lo que habia oido.

— Paréceme, señor, que debeis cumplir vuestra promesa.

— Bien dicho, exclamó el rey; prepara tu gente.

Muy poco tiempo despues ya estaba todo dispuesto. Ricardo tomó su casco, y sin querer armarse, á pesar de las súplicas de Mercaders y de los demás de su acompañamiento, salió al campo, diciendo que no pensaba combatir en persona semejante canalla, sino presenciarse el asalto.

En tanto ya marchaban los sitiadores á formar delante del castillo, provistos de escalas y faginas, y los sitiados por su parte se preparaban á hacer una tenaz resistencia.

El rey, acompañado de Mercaders y precedido de un escudero que llevaba una gran rodela, se acercó tambien al castillo, y viendo su desordenado ejército, compuesto de la hez del país, casi sin armas, sin disciplina, y como á la desbandada, principió á dudar del éxito de su empresa, y, acaso por la primera vez de su vida, reflexionó antes de obrar.

— No lograremos lo que deseamos á tan poco precio como yo creia, dijo. Deténgase aun el asalto. Que obren solo los arqueros y ballesteros, y que los demás se cubran con sus escudos y se mantengan quietos.

Hízose así, y Ricardo, aunque estaba en un puesto de los mas avanzados, sin mas arma defensiva que su casco, se sentó con la mayor tranquilidad en una roca para ver el combate. Desde donde se hallaba podia ver un hombre armado de piés á cabeza, que recorria sin cesar las murallas del castillo como para animar á los sitiados. Su escudo estaba lleno de flechazos y golpes que habia recibido, sin que al parecer pasiese él atencion. De repente se acercó á un grupo de arqueros, y señalando á Ricardo pronunció algunas palabras que no se pudieron oír con el tumulto. Entonces, una lluvia de flechas principió á caer al rededor del rey. Mercaders, que se hallaba á poca distancia, se acercó corriendo y lleno de espanto.

— Es Gourdon, señor, exclamó, el jefe de esa canalla, que os ha atacado. Cubrios bien con vuestro escudo. Estais sin armadura y vais á servir de blanco á todos estos asesinos.

— Creo que he hecho mal en venir desarmado, dijo el rey.

En este momento resonó una flecha en su casco, y Mercaders exclamó:

— Gourdon es el que os ha tocado. Viendo la poca destreza de sus arqueros ha tomado él mismo el arco para disparar. ¡Cubrios, señor, que vuelve á apuntar! Cubrios voto á...

El aviso llegaba tarde. Acababa el rey de levantarse de la roca en que estaba sentado para ver mejor el combate, cuando se le clavó en el hombro izquierdo una flecha disparada por Gourdon. Tumultuosos gritos de júbilo y de dolor llenaron el aire.

— Venga una espada, dijo Ricardo con serenidad. Y ahora al asalto, al asalto, amigos; y que las gotas de sangre que han manchado mi capa les cueste toda la que tienen en sus venas. ¡San Jorge é Inglaterra!

El ejército respondió con un terrible grito, y se lanzó impetuosamente al asalto. En vano los sitiados hicieron los mayores esfuerzos para defenderse. Ricardo, delante de todos, desarmado, lleno de sangre, y con la flecha colgada aun del hombro, hizo prodigios de valor, llevando consigo la muerte y la desolacion.

En muy poco tiempo fué tomado el castillo, y murieron todos sus defensores ahorcados ó degollados excepto Gourdon, cuya vida mandó Ricardo se respetase. Este, á pesar de su herida, cenó aquella noche en la mesa de oro, y Gourdon fué cargado de cadenas y encerrado en un oscuro calabozo.

Cuenta Godofredo de Colonia, que en el mismo dia un obispo diciendo misa en Roma vió caer la flecha al pié del altar y oyó estas palabras latinas: *Telum Limogiae occidit leonem Anglicæ.*

## II.

La herida de Ricardo no era peligrosa; pero se envenenó por los excesos á que se entregaba sin cesar. Su insaciable apetito, de que habla Walter-Scott, y la vivacidad de movimientos é impresiones que le hicieron dar el nombre de *Corazon de Leon*, se oponia á que pudiese calmarse su agitada sangre y verificarse su curacion. La ignorancia de un cirujano, que intentó extraer el hierro de la flecha, contribuyó á agravar el mal, y muy luego

se introdujo la gangrena en su herida. Conoció el rey que iba á morir, despidió á los médicos y ordenó que le presentasen á su matador.

Sacaron á Gourdon del calabozo. Era un joven robusto y de audaz aspecto. Su rostro no dió ningun indicio de temor, cuando en medio de un grupo de cortesanos se halló frente á frente de su juez. Consideró por algunos instantes á Ricardo, que se hallaba medio recostado en un sillal, y al pensar que él, un hombre oscuro y desconocido, habia detenido la gloriosa carrera del astro del siglo, asomó á sus labios una sonrisa de triunfo.

El rey, por su parte, le miró atentamente durante algun tiempo, hizole despues varias preguntas y reconvencciones con tono amenazador por ver si le atemorizaba, pero estrellándose sus esfuerzos en la impavidez de Gourdon, cedió á los impulsos de su natural generosidad, y mandó poner en libertad al único hombre que no habia temblado delante de él.

— Vete, le dijo el rey. Si alguno quiere insultarte, Mercaders te defenderá. Si no tienes dinero para volver á tu patria, mi tesoro te dará cien escudos; vete y trata de rogar á Dios por mi alma.

— No puedo prometerlo, contestó Gourdon.

— Pues no lo prometas, y anda con dos mil diablos, dijo Ricardo colérico. Y vosotros, añadió dirigiéndose á los presentes, salid tambien, que ya es tiempo de que ponga orden en mi conciencia.

Despues el rey escribió á su madre, que se hallaba en Fontevrault, se confesó con su capellan y con tres abades de la orden del Cister, y murió en los brazos de Gaultier, arzobispo de Ruan, el 6 de abril de 1199. Sus entrañas fueron enterradas en Chalus ó en Poitiers, su corazon en Ruan, y su cuerpo en Fontevrault, al lado del de Enrique II su padre.

Nada dicen las crónicas de en qué paró el inmenso tesoro de que Ricardo se habia apoderado. Pero la torre desde la que se disparó la flecha que le hirió, y el calabozo en que Gourdon estuvo preso existe aun. Tambien se enseña á los curiosos la piedra de *Montemalo* (mali-montis) en la que se hallaba el rey sentado cuando recibió el golpe mortal. Es una roca adherida á la tierra, y que nunca ha podido arrancarse.

J. V.

## El Hotel de Villa de Paris.

Si habia un monumento que la rabia de los incendiarios habria debido respetar, es el Hotel de Villa, el corazon, digámoslo así, de la ciudad parisiense, el monumento sagrado en cierto modo, por su carácter histórico.

Con efecto, el Hotel de Villa no era solo una maravilla artística, una de las mas puras elegancias del Renacimiento, sino que era tambien una especie de templo en donde revivian palpitanes aun los recuerdos de la historia. Todo el pasado de la gran ciudad se encerraba allí. Todas sus fiebres, todas sus grandezas, todos sus heroismos y miserias parecian allí aglomerados. Parecia que en aquellos largos corredores, á veces la sombra de algun preboste de los mercaderes, saludaba al fantasma de alguno de la Fronza ó de un miembro de la primera Commune. Cada rincon del monumento tenia su leyenda, cada pieza evocaba una tradicion, una crónica, una fecha, y no se sabe qué sentir mas, si el nido de recuerdos ó la obra maestra de un arte inimitable.

Arruinado, incendiado y devastado, el Hotel de Villa es la mas soberbia de las ruinas parisienses. Su primitiva armonía se ha cambiado en un pintoresco y fúnebre desórden que oprime el corazon, mientras ofrece á los ojos uno de esos espectáculos horriblemente bellos que conservan semejantes ruinas. La masa del edificio aparece calada, lamida y roida por las llamas. Los pabellones de la derecha y de la izquierda dejan penetrar por las aberturas de las ventanas los rayos del sol que dan de lleno en los montones de escombros y que bañan las brechas y las grietas del incendio. Las interrumpidas líneas del edificio parecen recortadas por un capricho tan singular como cruel. Las figuras que rodean la esfera del reloj, que tantas veces hemos visto encendido de noche como un ojo de ciclope en el fronton del monumento, han sido decapitadas ó rotas hasta medio cuerpo. El campanario al que subian cuando el bombardeo para interrogar los siniestros resplandores de las baterías prusianas, se ha hundido, no queda nada de él y apenas la imaginacion acierta á recomponerle sobre la correcta línea de la techumbre. Hoy solo las altas chimeneas se levantan con sus tristes y severas líneas sobre el esqueleto del monumento y los montones de las ruinas.

La Commune mandó quitar de la puerta del centro la estatua de bronce de Enrique IV, y el inferno perfil de la estatua se dibuja todavia en la pared recortado como una sombra chinesca. Una placa de mármol negro donde se descifran letras extrañas grabadas verticalmente, estaba bajo la estatua del Bearnés. Las estatuas de los grandes hombres que de pié en sus nichos formaban á lo largo del Hotel de Villa como el arcópago difunto é inmortal de la ciudad, tuvieron su parte en la catástrofe. Heridas ya por las balas el 22 de enero, cayeron ó se fompieron en la terrible noche de mayo. Juvenal de los Ursinos está en dos pedazos. Pedro Lescot y Juan Goujon, esos dos obreros sublimes, parecen desafiar á la

barbarie con sus instrumentos de artístico trabajo en la mano.

Y sin embargo, por esa puerta del centro se han precipitado tantas veces las oleadas populares. En lo alto de ese peristilo se han aclamado sucesivamente todos los gobiernos de Francia. Los de la Fronza en el tiempo de las *mazarinadas*, pasaron por esa puerta aullando y cantando. Los vencedores de la Bastilla entraron tambien, con los trofeos de la negra ciudadela. En el 40 de agosto, en el 9 termidor, la Revolucion aglomeró allí sus fuerzas formidables.

Allí habló Lamartine y dijo el 17 de marzo de 1848: — Tened cuidado, que los 48 brumario del pueblo podrian traer los 48 brumario del despotismo.

Allí entró Barbés el 15 de mayo creyendo que salvaba la República.

Todos los personajes afamados en estos últimos años han desfilado bajo esa bóveda y abierto ó derribado esa puerta para entrar en la historia de Francia.

¡Qué ruina! ¡Si pudieran hablar esas piedras calcinadas, enrojecidas con tonos de ladrillo ó ennegrecidas por la llama! ¿No comprendian, pues, los destructores de ese monumento que destruian la tradicion, la soberbia petrificación de las ideas y de las esperanzas parisienses? ¿Qué será el Hotel de Villa sino la casa comun, el *parloir du peuple* que reemplazaba el antiguo *parloir aux bourgeois* de la edad media?

En el siglo VI, el cuerpo municipal de esta poblacion se componia de lo que llamaban el « gremio de los negociantes por agua, » los *navatas* defensores. Ciudad de marineros, creada y defendida luego por marinos, en tiempo de Clodoveo, aquellos patrones de barcas, reinaban y mandaban, siendo todos representantes del comercio. Despues se extinguió el título. Los *mercatores aquæ*, vinieron á ser los ciudadanos y vecinos de Paris, y su confederacion dió origen á la « Compañía francesa » que debia instituir el Hotel de Villa. Humilde casa consistorial en un principio, especie de barraca donde deliberaban sobre los asuntos publicos, la institucion se trasladó despues á la plaza de Greve, á aquella *casa de los pilares* que quedó en pié aun cuando ya Domenico da Cortone habia comenzado á edificar en tiempo de Enrique II (1549) el monumento que 1871 ha destruido.

¿Quién no reconocia en aquellos humildes y laboriosos ciudadanos de la edad media, los verdaderos hermanos de la Commune libre, la Commune que funda, no que destruye, la pacífica Commune que se ocupa del trabajo de todos, del negocio de los mercaderes, de los derechos del pueblo, y no la Commune que combate, que levanta ejércitos, obliga á todo hombre á tomar un fusil y atenta así á la libertad del individuo no menos que al derecho del Estado?

Muy difícil es reconstruir, ni aun por el pensamiento, lo que era hace tres meses el Hotel de Villa, al recorrer esos patios llenos de escombros, al visitar esas galerías hundidas. Desde los primeros pasos se siente el atroz olor del salitre que hace daño á la garganta. Por la puerta principal se distingue á los hombres que sacan los restos, que comienzan la obra de reparacion.

Echemos una mirada á esas paredes ennegrecidas por el humo ó cubiertas por el incendio con un extraño matiz rosado. Pedazos de carteles de color amarillo cuelgan aquí y acullá. ¡Qué ironía! En uno se lee que hay buenas noticias de la guerra, que *el enemigo ha sido rechazado de Asnières!* En otro se llaman hombres para la *preparacion de cohetes*. A nuestros piés fragmentos de mármol y de esculturas. Pero casi por todas partes el suelo está cubierto con una capa de yeso y de polvo.

Un patio inmenso se abre á nuestros ojos, vacio y pedado, con arcos medio ruinosos, con lienzos de pared que están para hundirse: es el famoso patio de Luis XIV. Eso es lo que queda del pórtico sostenido por columnas de mármol con capiteles dorados, de los medallones dignos de Luca Della Robbia, que adornaban esa joya arquitectónica; eso es lo que queda del friso lleno de gloriosas inscripciones, de la escalera de estuco y de mármol, de aquella construccion elegante que conducia á la galería de las Fiestas... Y lo que queda es nada, absolutamente nada, el vacio y el humo.

Por allí pasaron los soberanos y los visitantes ilustres; allí en 1867, se presentó M. de Bismark, en tanto que su soberano recorria el salon de baile, y el ministro, objeto de la curiosidad general, con su casco de coracero sobre su brazo izquierdo hablaba muy risueño con las señoras que le rodeaban.

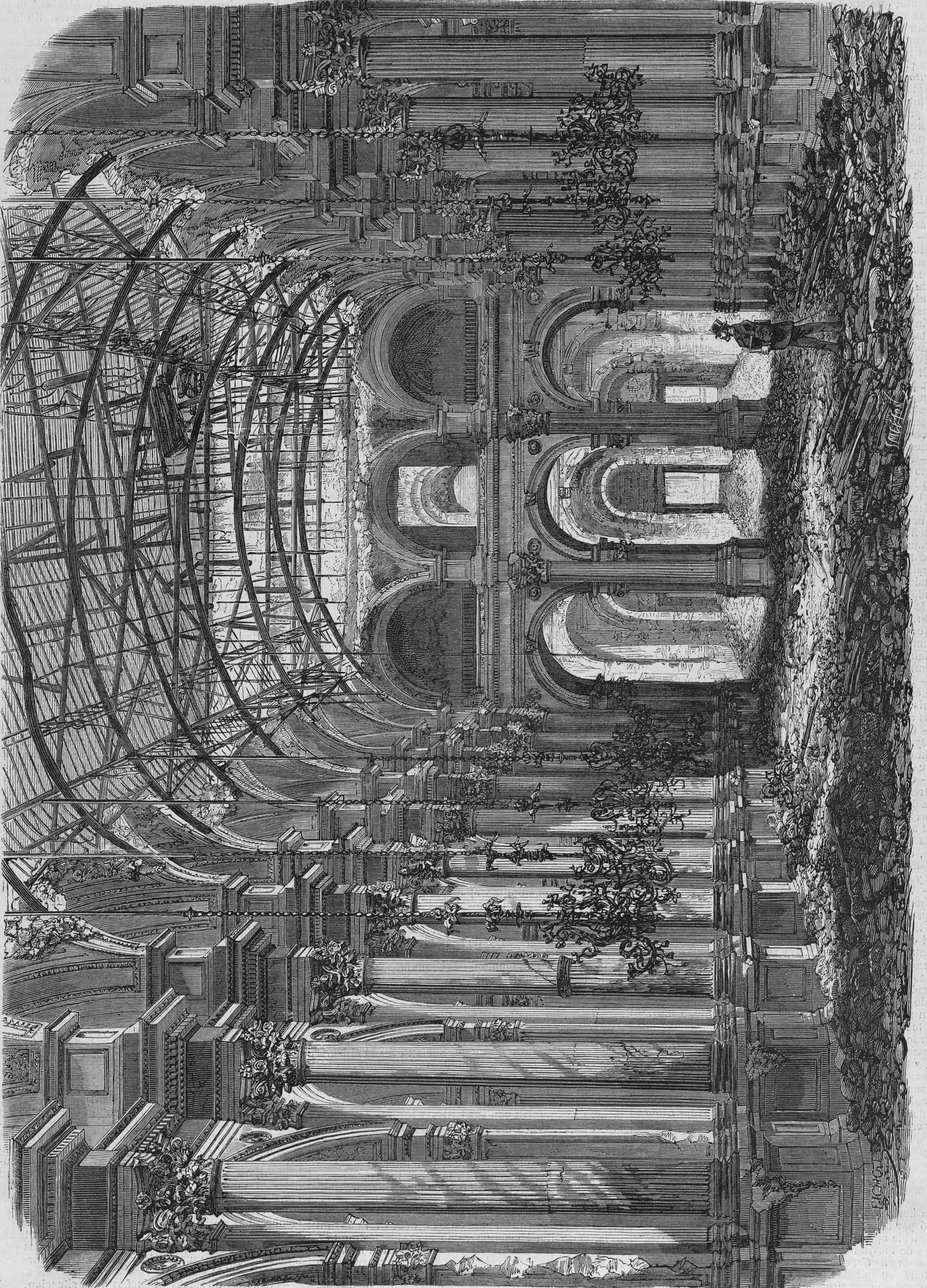
Mágico era en verdad el aspecto de aquel patio blanco y dorado en los dias de recepciones y de fiestas. Los colores de las magnolias se armonizaban con los blancos tonos de las columnillas jónicas. Perfumes y flores, embriaguez de la vista y de los sentidos, la melodía de la galería pasaba al través de las plantas.

¡Qué cambios! En los dias del sitio he visto soldados durmiendo en sus mantas y guardias nacionales comiendo, en el mismo sitio por donde habian pasado sucesivamente la reina Victoria, el rey Guillermo y el emperador de Rusia. ¡Qué anítesis! Esa multitud de soberanos, esas fiestas, y luego un grupo de hombres con blusa de uniforme, descansando de sus fatigas en las murallas.

Por ese mismo patio comenzó la invasion el 31 de octubre. Los alcaldes de Paris deliberaban en la sala del consejo municipal que daba al patio. Sentados ante sus pupitres de caoba acababan de fijar la fecha de las próximas elecciones municipales, cuando M. Mahias exclamó diciendo:

— Señores, no somos ya dueños de la situacion.

Con efecto, la muchedumbre entraba, inundaba la es-



LAS RUINAS DEL HOTEL DE VILLA. — El Salon de Baile.



LAS RUINAS DEL HOTEL DE VILLA. — El patio de Luis XIV; vista tomada del descansillo de la Escalera de honor

calera de mármol, penetraba en la sala, se subía sobre los pupitres, tomaba la palabra, aplaudía, silbaba y la ceraba la pintura de Yvon que representaba á *Napoleon III entregando á M. Haussmann el decreto sobre el ensanche de París*. Pintura inferior, como las que había á su lado, Clodoveo ó Felipe Augusto. El tropel pasó allí toda la tarde rompiendo los pupitres y los bustos y llevándose las lámparas. La vista de esta sala al otro día era lamentable.

Sin embargo, aquella vez la invasión no se acordó de la galería de las Fiestas, de la soberbia galería que mira al cuartel Lobau y que hoy no es más que una ruina. ¡*Galería de las Fiestas!* ¡Qué nombre para ese informe monton de escombros, cuya armadura de fundición enrojecida y torcida, ha tomado las formas más extrañas! De las anchas ventanas iluminadas en las noches de baile, cuelgan postigos y persianas, que el viento columpia: en vano se buscan en las bóvedas las pinturas de Lehmann, todo se ha perdido.

En esa parte de la antigua construcción todos los puntos de vista conmueven el ánimo. La vista de la escalera de las fiestas sobre el patio de las oficinas, es lúgubre como Nínive. Volviéndose uno descubre sucediéndose una á otra en la soledad, la *Sala de los prebostes* donde aun se distinguen medio calcinadas las caras graves de aquellos honrados prebostes de los mercaderes, dueños de los destinos de París; sigue el salón de las Artes donde Delacroix firmó algunas pinturas, y el de *Napoleon* cuyo techo pintado por Ingres representaba la *Apoteosis de Napoleon I*. Todo está destruido. Lúgubres alambres cuelgan como serpientes á lo largo de esas paredes y apenas se perciben vestigios de las pinturas. El suelo se ha hundido. ¡Qué de pérdidas irreparables! Las famosas obras de Ingles y de Delacroix, todo se ha perdido.

La melancolía crece á cada paso en medio de esas ruinas. Por entre los escombros asoman armas rotas. Al extremo de las galerías quedan pedazos de espejos que reflejan vagamente las perspectivas de las ruinas y dan á los visitantes el aspecto indeciso y lívido de fantasmas. Pálido, de una blancura de mármol, Napoleon I intacto en su medallón, hace frente á Meroveo, de una galería á otra, y tiene á su lado á Hugo Capeto que mira á Carlomagno; los cuatro con sus grandes ojos blancos, sin pupilas, parecen contemplar ese horrible cuadro, ese monton de ruinas que no han hecho los normandos, ni los godos, ni los avaros, sino esa masa formidable que forman los proletarios.

Peró dejemos ya esa parte del palacio, que era la parte oficial, suntuosa del monumento, y visitemos la parte más curiosa para la historia y para las costumbres; la que se halla contigua á la fachada donde se reunía el gobierno del 4 de setiembre, y donde vamos á encontrar los recuerdos de M. Haussmann y de la revolución francesa.

J. C.

(Se concluirá).

## Revista de Paris.

Está visto que Paris desea verse libre por fin de los enojos que traen consigo las cosas políticas. El domingo último estaban convocados los comicios electorales para proceder al nombramiento del consejo municipal que, con arreglo á la nueva ley, debe componerse de unos ochenta miembros. Durante el imperio uno de los caballos de batalla de la oposición era que Paris, la gran ciudad de Francia, se hallaba privada del derecho que tenían todas las demás poblaciones, para nombrar por elección sus consejeros municipales. Había lo que se llamaba una comisión formada por el gobierno; y contra este sistema excepcional clamaban incesantemente los diputados opositoristas en la Cámara, así como los periódicos del mismo color político.

Era cosa de creer que si un día Paris gozaba el inestimable privilegio de constituir á su antojo su administración municipal, sería un día de júbilo que se manifestaría por una afluencia extraordinaria á las urnas electorales.

Ahora bien, la Asamblea nacional, reunida en Versalles, ha dado á Paris lo que tanto parecía desear: la facultad de elegirse su ayuntamiento, y Paris, como si no se hubiera dado por entendido, ha hecho una demostración contraria, esto es, ha votado tan poco y de tal manera, que solo han resultado elegidos unos treinta candidatos. El domingo próximo se repetirá la prueba, y esta vez definitivamente, sea cual fuere el número de votantes, porque con la mayoría relativa basta y sobra.

La coalición de la prensa ha obtenido un gran triunfo en los nombramientos, pues la gran mayoría (veinte y cinco de treinta y uno) han recaído en sus recomendados. Entre los restantes hay hombres de color político muy acentuado, como M. Loisseau-Pinson y M. Bonvalet; pero en suma, este primer resultado ha sido considerado con marcada satisfacción por las clases conservadoras.

No hay para qué decir que la prensa entera clama contra las que prefirieron aprovechar el domingo en ir al campo, mientras tenían que cumplir

en Paris sus deberes de ciudadanos; veremos si la amonestación produce efecto en la votación próxima.

Lo que excita bastante interés es la colección de causas que no dejarán de ser célebres, instruidas en Versalles contra los autores y los que han tomado parte en la insurrección del 18 de marzo.

Mientras se hacen las provisiones necesarias para el mundo de gran tono, antes de ponerse en viaje, mientras se visitan con tal objeto las tiendas á la moda, y se encargan trajes á las modistas de fama, y se compran perfumes á Guerlain, el famoso inventor de la perfumería para las rubias y para las morenas, las señoras más elegantes no se desdennarían de poder hacer una excursión á Versalles, á fin de contemplar con los gemelos de teatro, los tipos más notables de la Commune, que han sido su espanto y su horror en los 74 días que duró su deplorable reinado.

Peró de semana en semana se va aplazando la obra de los consejos militares, lo que no es de extrañar, tanto por el número de los presos, como porque á cada instante caen nuevos delincuentes en las redes de la policía parisiense.

Habiase afirmado que el 31 de julio comenzarían las audiencias, y hé aquí que de nuevo se aplazan. Es de creer, sin embargo, que esta vez el plazo no se prolongará mucho.

Los primeros acusados que han de comparecer son los siguientes:

Assi, Billioray, J. B. Clement, Champy, Courbet, Des-camps, Ferré, P. Grousset, Jourde, Lisbonne, Lullier, Parent, Rastone, Regere, Urbain y Verdure, y la mayor parte de ellos serán defendidos por abogados de primer orden.

Habrà para esta primera serie 150 testigos, y el acta de acusación será un documento muy voluminoso.

Todo ha de tener naturalmente, enormes proporciones, cuando se trata de tantas fechorías y de tantos hombres.

No dejarán por cierto estos debates de suministrar alimento á la crónica.

En medio de tantos libros y folletos de todos colores y todas formas como se publican diariamente en Paris sobre la guerra y la Commune, sobre la reorganización de los ejércitos del porvenir y el mejor sistema político que conviene á la Francia, la librería puramente literaria comienza á renacer y nos ofrece novedades interesantes.

Una de ellas lleva un gran nombre en la portada, el nombre inmortal de M. de Lamartine en una obra completamente.

Son las *Memorias inéditas* del gran poeta que, por los capítulos que tenemos á la vista, juzgamos deberán llamar altamente la atención pública.

Estas primeras páginas se distinguen tanto por ese estilo brillante y poético en su sencillez que caracteriza la prosa de Lamartine, como por la pintura que traza de sus antepasados, formando un cuadro lleno de atractivos.

Las riquezas de la familia eran prodigiosas aun en aquel tiempo, que la propiedad territorial estaba muy lejos de tener el valor intrínseco que en el día tiene.

Su habitación principal era el castillo de Monceau, elegante vivienda campestre en el camino de Cluny, de apariencia magnífica, con sus terrados, sus jardines, y una multitud de granjas habitadas por los labradores.

Cuando Lamartine escribía estas líneas dice que había formado empeño en defender ese resto de la fortuna de sus antepasados, para tener el consuelo de morir en donde habían muerto sus padres.

Llegó un tiempo en que la edad y los cuidados impidieron al abuelo de M. de Lamartine la estancia en el castillo y hubo de quedarse en su casa de Macon con su mujer, sus hijos y sus hijas.

« Todo estaba sombrío en aquella casa. Por la noche algunos amigos, algunos parientes de avanzada edad, algunos sacerdotes retirados se deslizaban sigilosamente por los mal alumbrados corredores y se sentaban en silencio á las mesas de juego del salón. La revolución no interrumpía el boston ó el whist. Se jugaba con el mayor silencio y concluido el juego, cada cual encendía su farolillo de papel y se marchaba por las callejuelas contiguas sin hacer ruido. »

Veamos ahora cuál era la familia cuyo nombre debía ilustrar tanto el autor de estas *Memorias*:

« Componíase, dice Lamartine, de mi abuelo y de mi abuela, matrimonio que había tenido seis hijos. El primogénito era un hombre de talento y de estudio que fué encarcelado no obstante sus ideas avanzadas; hombre justo, moderado, tal como su esmerada educación le había hecho. Mi abuelo no podía acostumbrarse á no ver en el sino el igual de sus demás hijos, siendo así que le correspondía toda la fortuna, y á los otros, varones ó hembras, nada ó casi nada. Mi abuela, nacida en Besanzon, no se familiarizaba tampoco con la idea de que no tendría más que su parte y que los demás le robarían lo suyo, gracias á no sé qué ley. El segundo hermano, condiscipulo y amigo de M. de La Fayette, que le había procurado una canongía y le reservaba un obispado, no había vuelto aun de los pontones de Rochefort y le esperaba. El tercero era el caballero de Lamartine, mi padre, que acababa de salir de la cárcel, casado hacia tres años... »

» Tres hijas, las tres religiosas ó *chanoinesses*, la señorita de Lamartine, la señora de Villars y la señorita de Monceau, cuidaban á su padre y á su madre con una ternura temerosa obediente á todo. Había además en un piso alto que daba

á los jardines un humilde cuartito ocupado por una anciana, hermana de mi abuelo, que llamaban la señora de Luzy. Treinta años había sido superiora de las Ursulinas de Macon y vivía alegre en su retiro no obstante su edad y sus achaques, servida por la hermana Nanette. Todos los días mi criada me llevaba á su cuarto. Ni mis ojos ni mi corazón se han apartado todavía de aquellas dos mujeres. La bondad es fascinadora: los plácidos rostros de los niños y de los ancianos tienen el mismo encanto. Siempre es la infancia, que principia ó que acaba. ¡Querida tía Luzy, querida hermana Nanette, antes de saber sentir, yo sabía amaros! »

Este es el lenguaje y este es el fondo de las *Memorias inéditas*.

Luego comienzan las desgracias de familia. Se mueren los abuelos, y se procede al reparto de los bienes.

Aquí una observación justísima.

Ningun hombre de ley, dice Lamartine, hará comprender jamás á un padre de familia que no es el amo absoluto de sus bienes, y que roba á sus demás hijos si favorece al mayor en la disposición de lo que es suyo. La abstracción de la igualdad no puede prevalecer, en efecto, contra la naturaleza.

Y como ejemplo cita el caso de su padre que no quiso consentir en aprovechar los beneficios de la nueva ley, lo cual le habría parecido un sacrilegio.

Cuando se casó recibió en dote la posesión de Milly, que podía producirle unos 3,000 francos de renta al año, y satisfecho con esta parte legítima declaró que renunciaba libremente á lo que pudiera corresponderle.

Vivió pobre y contento, y muy querido de todos los demás miembros de la familia, que recibieron sus respectivos lotes.

Hechas las particiones, cada cual tomó posesión de sus tierras y de sus casas y reservaron en comun el hotel de Macon para pasar los inviernos.

« Fatales vicisitudes de las cosas humanas, escribe Lamartine al fin de este capítulo; ¡no pensaba yo entonces, en aquel nido tan bien ordenado, que aquella misma república, tan desconocida á la sazón para mí, vendría al cabo de largas revoluciones á trastornar todo aquello y á arrojarme á pesar de mi bella defensa, de aquella casa en donde debía morir! ¿Por qué posee el hombre el instinto de mezclarse temerariamente en las cosas de Dios? »

M. de Lamartine nos promete en esta obra póstuma revelaciones inéditas en las cuales se interesa el mundo político y literario contemporáneo. Cuando la publicación del libro esté concluida, daremos á nuestros lectores un análisis más detallado.

Entre tanto concluiremos hablando de teatros.

Ya sabemos que la mayor parte de los teatros de Paris tienen ya hoy abiertas sus puertas, incluso el de la Grande Ópera, donde se ejecuta el *Fausto* por artistas de segundo orden. Sin embargo, acude gente á las funciones, porque no hay forastero en Paris que no considere como una especie de obligación el asistir á una representación del afamado teatro.

Peró tanto en este como en los principales de Paris, el porvenir se anuncia bastante sombrío, porque el gobierno no parece dispuesto á acordar subvenciones.

Así es que en las crónicas de teatros no se trata más que de este asunto. Unos defienden las subvenciones, otros las atacan; los empresarios salen también á la palestra, defendiendo naturalmente sus respectivos intereses.

M. Bagier, que lo es del Teatro Italiano, ha roto la marcha. A juicio de M. Bagier, sin subvención no puede haber compañía italiana, lo cual será una mengua para Paris y una gran pérdida para el arte.

Más hé aquí que segun nuestras noticias particulares, hay quien se ofrece á sostener la Ópera Italiana en Paris sin socorros del gobierno.

No tendremos artistas como la Patti, cuyas pretensiones no conocen límite; pero en cambio tendremos una compañía igual, y lo que perdamos en los detalles lo ganaremos en el conjunto.

La prueba á nuestro juicio, no dará resultado. Cuando falta en los Italianos un artista de talento extraordinario, aun cuando raye en fenómeno, la sala está vacía, porque los parisienses tienen sus teatros líricos, donde se cantan en francés, por artistas franceses, las producciones nacionales. Sea esto dicho sin querer desanimar en lo más mínimo á los que intentan ponerse al frente de la nueva empresa. Deseamos engañarnos.

Sea como quiera, parece fuera de duda que los Italianos no tendrán subvención y que la de la Grande Ópera se reducirá á 500,000 francos anuales.

Dícese igualmente que la Ópera Cómica no recibirá tampoco un gran auxilio del gobierno, y por último, hasta se pone en tela de juicio el que se concede al Teatro Francés, que muchos juzgan innecesario.

El empresario del Teatro Lírico es uno de estos.

Dice que no hay teatro en Paris que necesite menos la subvención que la Comedia Francesa, porque de tiempo inmemorial tiene sus abonados fieles, sus entradas seguras, gracias á los aficionados de todos los mundos, y escasos gastos de decoraciones.

Que el Estado para conservar su intervención indispensable

ble en la casa de Moliere la subvencione ligeramente, pase ; pero que los caudales públicos sirvan para aumentar anualmente la fortuna de los artistas, es inadmisibile.

En suma, el empresario del Teatro Lírico piensa que esos caudales estarian mejor aprovechados si se atendiese con ellos á varias escenas que tienen gastos enormes, como v. g. la suya.

En fin, cada cual pide para su parroquia.

Sin embargo, no dejemos sin contestacion esa idea de que los artistas del Teatro Francés hacen grandes fortunas á costa del Estado.

El que mas, gana de 10 á 12,000 francos anuales, contando lo que le corresponde de la subvencion, y son talentos de primer orden, ó mejor dicho, no tienen rival en los demás teatros parisienses.

Rebajando mas aun ese sueldo escaso, es muy de temer que el Teatro Francés se vea otra vez abandonado de los primeros artistas, que hallarán otra remuneracion en el extranjero, y muchas veces sin salir de Francia.

No creemos que el Teatro Francés se quede pues privado de la subvencion que merece por muchos conceptos.

MARIANO URRABIETA.

### Poesía.

#### Á LA MUERTE DE UNA JÓVEN.

¡Pobre jóven, que tendida  
Yaces en helado lecho  
Tan solitaria,  
Si todo el mundo te olvida,  
Por tí saldrá de mi pecho  
Una plegaria,

¿Por qué este mundo dejaste  
Siendo tan jóven y hermosa,  
Siendo tan pura?  
¿Es que el cáliz apuraste  
Y ocultas bajo esta losa  
Tu desventura?

¿Por qué tan jóven moriste?  
¿Por qué no me has escuchado  
En mi dolor?  
¿Por qué mis voces no oíste  
Cuando te habia jurado tanto,  
Tan puro amor?

¡Pobre flor! Como la aurora  
Bella naciste y ufana,  
Y adornastes la mañana  
Con tu belleza gentil.  
Y cuando apenas nacieras  
Con tu capullo dorado,  
El viento te ha deshojado  
Cuando empezaba tu abril.

¡Vivias, ay, pobre jóven!  
En un dia, en un momento,  
Desde el azul firmamento  
Eterno fallo bajó,  
¡Dios lo quiso; para siempre  
Ya tus ojos se cerraron,  
Tus rosas se marchitaron  
Y el aliento te faltó!

Yo vide lecho mortuorio  
Llevado por seis doncellas,  
Y encima ví flores bellas  
Que adornaban tu ataúd;  
Esa corona de virgen  
Que á la par que tu hermosura,  
Testigo es fiel que asegura  
Tu pureza y tu virtud.

Yo oí canto funerario  
Dulce, plañidero, tierno,  
Alzar preces al Eterno  
Por el alma de un mortal;  
Y ví tras tu helado cuerpo  
Derramar con amargura,  
Lágrimas mil de ternura  
Por un ángel terrenal.

¡Ya no existes! ¡En este árbol  
Silenciosa el aura zumba  
Y va cubriendo tu tumba  
Con las hojas que arrancó!  
Y lleva tras sí á otro mundo  
Desde aqueste helado lecho,  
El ¡ay! que exhala mi pecho  
Y que el dolor arrancó.

Y la flor entre sus hojas  
Que arrolló aquilon impío,  
Una gota de rocío  
Deja quieta resbalar.  
Cual si con lágrima ardiente  
Llorando tu desventura,  
Como yo tu sepultura  
Quisiera triste regar.

Ya no hay vida, ya no hay vida,  
Ya no brilla tu mirada,  
Tu mano está descarnada,  
Ya no pulsará el laud:  
Ya has abandonado el mundo  
Sumiéndome en la amargura,  
Y fugaz cual mi ventura  
Pasó ya mi juventud.

¡La vida! Triste es la vida  
Cuando se pierde en la cuna  
Á nuestra madre querida,  
Ningun placer nos convida  
Y es la existencia importuna;

Placer ¡oh! nunca se siente  
Privado de tal tesoro,  
Siempre abrasa nuestra frente  
Un pesar, y brota ardiente  
En nuestros ojos el lloro.

¡La mujer! Ángel del suelo  
La hizo Dios y la dió al hombre  
Por calmar su desconsuelo;  
Y al formarla, desde el cielo  
La dió semejante nombre.

Ven, poeta, ven y canta  
De este nombre la dulzura,  
Mis pensamientos encanta,  
Es de este mundo una planta  
Remedio de la amargura.

Ven y canta, entre las flores  
Nos sentaremos los dos;  
Tú cantarás los amores,  
Yo cantaré los dolores  
Que sembró en mi pecho Dios

Pero ¡oh Dios mio! perdona  
De un momento el desvarío,  
Mi mismo pesar me abona  
Y la razon me abandona  
Cuando así blasfemo impío.

Que este eco se pierda, si,  
Pues dolorido retumba,  
Que es blasfemia contra tí,  
Pensar solo estando aquí  
En lo que encierra esta tumba.

Perdonad; fué mi tesoro,  
Nos amábamos los dos;  
Ved, es ardiente mi lloro,  
Dejadme morir, lo imploro  
Por lo que sufristeis vos.

Poeta, calla, ni un momento  
Oiga mas esta cancion,  
Que es de amor un sufrimiento;  
Calla, es lúgubre tu acento  
Y roe mi corazón,

Si algun dia ay agorero  
Tras sí arrastra el aquilon,

Ay fúnebre y lastimero,  
Este será el ay postrimero  
De mi triste corazón.

Entonces hácia esta losa  
Acércate, oh Trovador,  
Echa amortiguada rosa  
Y dí al mundo: «Aquí reposa  
Quien supo morir de amor.»

NARCISO BASSOLS.

#### Una hora en casa de M. de Lamartine.

Era la una de la mañana del 6 julio de 1874, cuando el tren que nos conducia de Venecia á Paris llegó á la estacion de la ciudad de Macon.

Imposible nos era el seguir adelante sin detenernos, por lo menos un dia, á conocer la patria del inmortal y divino Lamartine.

El 7, apenas habia principiado el dia, y con una mañana fresca y risueña como la imaginacion del poeta cuya cuna visitábamos, nos dimos á recorrer las calles, plazas y paseos de Macon, situada sobre un plano inclinado, extendido de Occidente á Oriente sobre la ribera izquierda del Saona.

A no mediar la circunstancia de ser esta ciudad la patria del gran bardo francés, ella pasaria desapercibida entre las hermosas ciudades de Francia, pues á parte de no contener mas de 48,000 habitantes, el aseo, la belleza y las comodidades de la vida dejan mucho que desear allí, y las gentes detienen á menudo la vista sobre el extranjero que llega, como sucede en las pequeñas localidades.

Despues nos dirigimos á conocer la casa donde vió la luz el Virgilio de los tiempos modernos.

Ella queda en la angosta, retirada y solitaria calle de las Ursulinas, número 48.

Por allí no atraviesa jamás ningun coche.

Tiene dos pisos; la entrada principal es baja, oscura é incómoda, y el aspecto general es mas que modesto.

Sobre la puerta de la calle hay una gran losa de mármol negro con esta inscripcion:

«Ici est né Alphonse Marie Louis de Lamartine, le 21 octobre 1790.»

Solicitado el permiso correspondiente para visitarla, nos lo concedió gustosa su actual dueña, la señora Didiee, maestra anciana y viuda, y quien tuvo además la bondad de enseñarnos personalmente todas las habitaciones.

Tanto el edificio como los departamentos que lo componen no tienen en sí materialmente nada de bello, de espacioso, de cómodo ni de elegante. Por el contrario, las piezas son todas reducidas, oscuras y tristes, y los techos sumamente bajos.

La señora Didiee, que, como es natural de suponerse, conoce perfectamente la vida del poeta, nos hizo subir á los graneros y nos señaló la pequeña ventana desde donde se comunicaba la madre de Lamartine con su esposo, burlando la vigilancia de los guardias, cuando este se encontraba preso en el edificio del frente, por orden de los terroristas de 1792, hecho que se lee en *las Confidencias*, y desde la cual presentaba igualmente á su esposo el pequeño niño nacido el 21 de octubre de 1790, como un ángel de inocencia y de amor que le habia de llevar el bálsamo de consuelo á su afligido corazón.

De aquellas guardillas descendimos al piso tercero, donde se conserva la misma estufa, la misma cómoda y los mismos muebles de 1790, y de allí pasamos al pequeño jardín de la casa, que hoy pertenece á otra posesion situada del lado opuesto de la calle, pues sabido es que las propiedades de M. de Lamartine fueron vendidas por lotes para cubrir sagradas deudas.

Recorrimos el pequeño jardín, acompañados de una espiritual señora, considerando que allí pasó la aurora de la vida, entre los juegos y sonrisas de una madre cristiana, aquel niño que mas tarde habia de deslumbrar al mundo con el poder de su elocuencia y con el esplendor de su genio.

Como era la estacion del estío, todo el parque estaba embalsamado por el perfume de las innumerables rosas que contiene, y los céfiros que las agitaban dulcemente parecia que hubieran querido hacer de la morada del poeta su mansion favorita.

Aquel pequeño jardín, de poco mas de diez metros cuadrados, está sembrado de algunos árboles, y sus muros cubiertos de bejuco y enredaderas, ostentaban numerosos ramilletes de flores.

Mas, á la agradable sensacion que experimentamos al conocer y visitar la casa del gran vate, sucedió casi instantáneamente una de dolor al ver que ella está convertida hoy en alojamiento de tropas que allí se hospedan cuando no caben en el cuartel del frente.

En todos los países del mundo, hasta en los menos cultos, se conserva como una reliquia inestimable, como una joya preciosa, el lugar en que se ha mecido la cuna de los grandes hombres.

La casa donde ha nacido un hombre de genio no puede ser jamás propiedad de un particular; ella es del dominio de la nacion.



LAS RUINAS DE ASNIERES. — Sans-Souci.



El café Laroche

Así lo ha comprendido la civilizada Italia, que ha hecho de la casa del Dante, en Florencia, una propiedad nacional.

Y la Francia, que marcha á la vanguardia de todas las naciones, con el pendon del progreso en la mano, ¿permitirá que la cuna del vate inmortal, del historiador, del filósofo, del patriota, del que con el prestigio de su incomparable elocuencia la salvó en 1848 de las hordas salvajes y comunistas, la Francia, decimos, permitirá que se consuma un atentado como el que se está ejecutando, y que, valiéndonos de la expresion de Victor Hugo en un caso semejante, muy bien podria llamarse crimen de *lesa patria*? ¿Permitirá que se coloque el nombre sagrado de uno de sus mas ilustres hijos sobre el pórtico de la casa que le vió nacer, como un *inri* inscrito sobre la frente del genio? ¿Permitirá que el soldado aje, destruya y aniquile un monumento, que en los siglos venideros, mas que en el presente, será buscado, adorado y bendecido? ¿Permitirá, en fin, que se arranque brutalmente y se arroje al viento una de las páginas mas hermosas de su historia nacional?

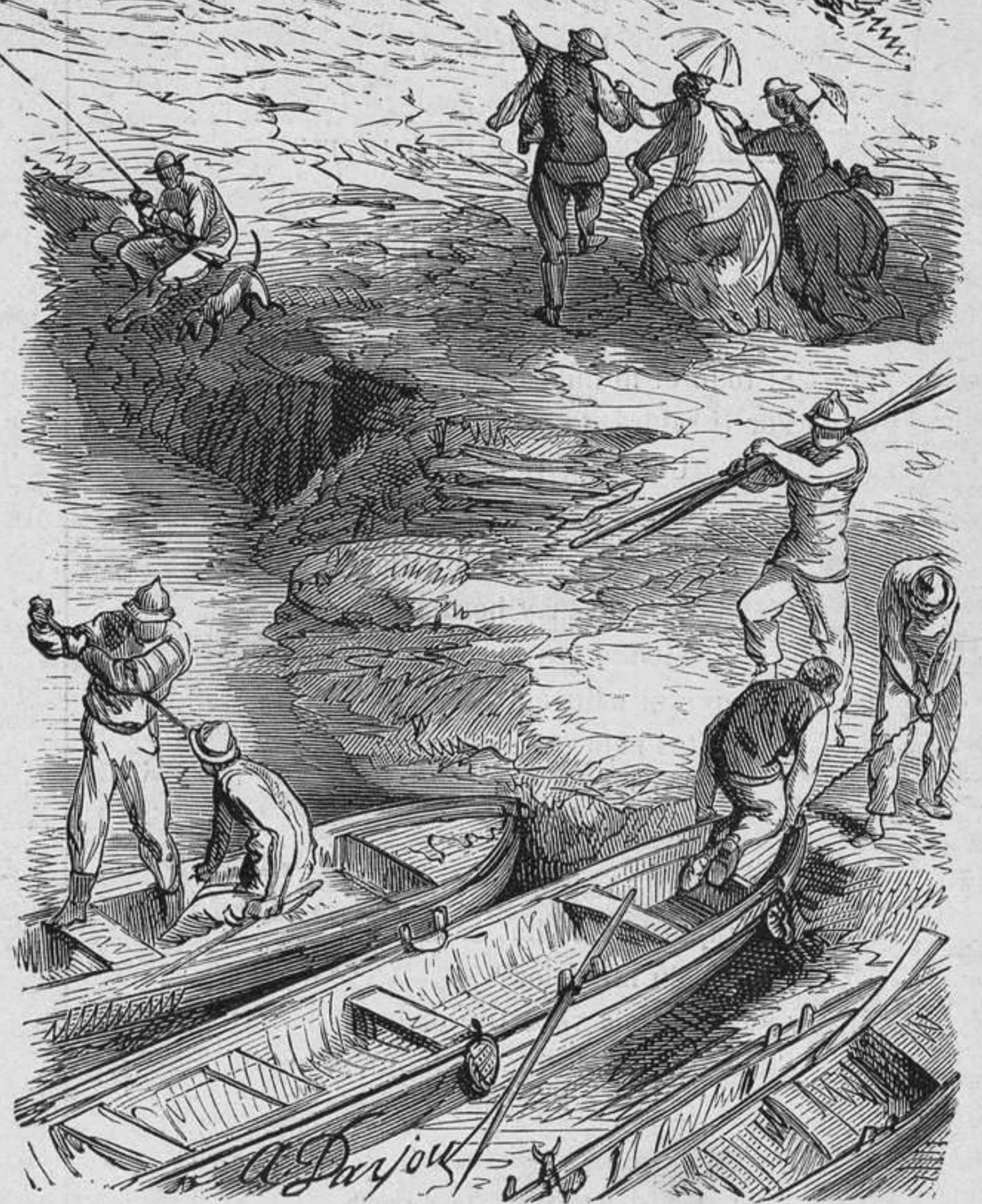
No, la Francia jamás lo consentirá; pues si para nosotros colombianos, y, por lo mismo extranjeros, la memoria de Lamartine nos es querida, para el civilizado pueblo donde apareció tal genio debe serle adorable.

La guerra en que desgraciadamente ha estado envuelto el pais hace algun tiempo, ha impedido, en nuestro concepto, el que no se atienda por el momento al mal que señalamos.

Mas, tenemos la persuasion de que no tardará en hacerse sentir el remedio, y que pronto, muy pronto, el mismo pueblo que en 1789 acompañó en masa la ceremonia de la traslacion de los restos de Juan Jacobo Rousseau al lugar que les correspondia, ese mismo pueblo acompañará tambien la traslacion de las cenizas de Lamartine á las bóvedas del Panteon.

NICOLÁS PARDO.

Paris 10 de julio de 1871.



Asnières.

« La insurreccion habia dejado en ese barrio formidables señales... El suelo de las calles estaba impracticable... Las casas acribilladas de proyectiles y su armazon aparecia desnuda... Habia persianas que colgaban de un clavo, como harapos... Como se habian hundido las escaleras, las puertas se abrian en el vacío... Se veia el interior de los cuartos con sus papeles desgarrados y aquí y acullá habia una estampa, una jaula de loro... »

Recorriendo dias pasados el pueblo de Asnières, recordé esas líneas descriptivas de un episodio de la insurreccion de 1848, escritas por Gustavo Flaubert que con algunos retoques, podrian pasar por una fotografía muy precisa de las ruinas que han firmado *intra* y *extra-muros*, aquí Federico Luis Guillermo, allá Luis Carlos Delescluze, dos personajes famosos en devastacion.

Es de observar que la bomba carece un tanto de imaginacion en sus caprichos destructores. Apenas ha inventado ochenta ó cien tipos de ruinas originales.

Ahora bien, por vasto que sea el campo de aplicacion en el curso de una campaña, esos tipos se repiten hasta la saciedad en todas partes. Es como una modista de renombre que al principio de una estacion lanza un par de docenas de modelos inéditos que reproduce despues hasta un número indefinido de ejemplares.

De todos modos, Asnières ha sido en todo



su perímetro horriblemente maltratado.

Al salir de la calle Mayor aparece el Sena con montones de ruinas muy extrañas.

Cuatro puentes casi justapuestos, parecen otras tantas barricadas levantadas al través de ese « gran camino que marcha, » según dice Pascal.

El primero, hecho de barquichuelos reunidos entre sí con maderos que sostienen un tablero transversal: este se hizo para reorganizar el servicio de los trenes de Normandía, y todavía sirve.

El segundo, en via de construcción, es como el anterior, todo de madera.

El tercero, es el que volaron en aquella época en que se contaba triunfar de los alemanes, y no quedan de él mas que algunos estribos y algo de madera, con bastante piedra.

El último, en línea recta, símbolo del camino mas corto y rápido, es el del ferro-carril; algo de piedra y mucho metal.

Tales son los cuatro puentes. Después se busca con la vista la *Escuela de Natación*. Pero ¡ay! sus paredes de tablas desmontadas, se han replegado en buen orden y están reunidas á lo largo de la orilla. Al ver los arcos que forman y al distinguir sus pinturas deterioradas, se creería que son restos de decoraciones de la Opera que han venido á zozobrar miserablemente en esos siniestros lugares.

Por fin se vuelve uno y distingue otras tristezas, mas perceptibles y por lo tanto mas intensas.

Las casas, hoteles, restaurantes, cafés y tabernas que guarnecían el embarcadero del ferro-carril y el boulevard del Sena, se hallan en el estado mas deplorable.

No morirán todos esos inmuebles; pero todos tienen heridas y necesitan obras. Ya los obreros ponen andamios, lo demás es asunto de tiem-



Una comida campestre.

po... y de dinero, lo que viene á ser lo mismo: — *Time is money.*

Entre tanto esos rompimientos de los armazones, esos hundimientos de paredes, de techos y de suelos, esos cortinajes floridos que ondean hechos añicos en las desvencijadas ventanas, y esos barrotes de rejas fantásticamente retorcidos; esas escaleras inaccesibles, pendientes de algun trozo de pared que por milagro existe; esos montones de restos que obstruyen el suelo donde las muestras de las tiendas enseñan letreros incompletos; esos árboles de toda clase, unos cortados por el pié, otros escarpados; en fin, todos esos detalles de la destrucción vistos cien veces durante meses y siempre deplorados, tienen en esta afamada localidad un aspecto mas triste quizás que en otras partes. ¡Un lugar de diversion y de recreo nos ofrece ese desastroso espectáculo!

Parece ser que, cuando menos, nuestros apetitos campesinos deberian dirigirse en la actualidad á otros sitios de los que tanto abundan en torno de Paris.

Con efecto, en esas desoladas riberas no hay amparo. No se ve una sombra por mas que se la busque, y un impalpable polvo de yeso revolotea en los aires. En suma, todos los horrores tórridos de julio, se agravan ahí con los horrores ambientales de marzo, dios de la guerra.

Ninguno de los antiguos atractivos de Asnieres sobrevive: ni la frescura, ni los árboles, ni los baños, ni el parque y sus fiestas, ni las libres evoluciones en las barcas del rio, ni el confort de los restaurantes, ni la pureza de la atmósfera... ¡nada, nada, nada!... Al contrario, mil inconvenientes á cual mas desagradables han reemplazado los mil y un encantos que se han desvanecido.



Los puentes de Asnieres

¿Por qué van pues, los parisienses á Asnières?

— Porque han ido antes. Porque la excursión dominical á Asnières tiene toda la fuerza de una costumbre inveterada. Porque el parisiense, ese inteligente refinado, es el maniático mas tenaz de la creación.

Y en efecto, echemos una ojeada á ese establecimiento célebre.

No tiene piso bajo, y lo que queda de los altos, abiertos á las lluvias, está apuntalado provisionalmente. Pues bien, entre esos maderos asoma la rubia cabeza de un elegante, con el puro en la boca, pomada en el cabello, lente en el ojo, correcto y pulcro como un diplomático en visita oficial.

En otra parte aparece el excéntrico sombrero de un marino de agua dulce bien acompañado.

Aquí, como en todas partes, todas las mesas están ocupadas. Cuando no se encuentra un sitio se vá á buscar un velador en el piso segundo, á riesgo de romperse la cabeza entre los maderos que se desprenden al menor movimiento. Por esos escombros se arrastran vestidos de seda. Los anchos agujeros de las paredes, dejan oír á veces el ruido de estrepitosas carcajadas.

Está dicho: para el parisiense es una cuestión de existencia.

Es preciso que vaya á Asnières todos los domingos á beber cerveza, á fumar un tabaco y á comer ternera con guisantes, cueste lo que cueste, sin lo cual se moriría de enojo en la misma semana.

Y hé aquí por qué las ruinas de Asnières ofrecen el alegre aspecto que les ha dado nuestro dibujante.

J. D.

## Escenas de la vida inglesa.

### EL OBRERO. (4)

(Continuacion. — Véase el número 953.)

#### XXXIX.

##### EL ANIVERSARIO.

Una gran solemnidad se preparaba en Raby-hall. En semejante día sir Ricardo Raby había perdido su cabeza por los Estuardos y el squire acostumbraba á celebrar el aniversario de aquel glorioso martirio.

Aquel año, sir Guy había resuelto desplegar esta vez una pompa inusitada. Un mes antes del día memorable había ido á Hillsborough y había traído sesenta varas del mas bello terciopelo color de violeta que se ha fabricado nunca en Lyon.

A su llegada arrojó el terciopelo sobre una mesa, y dijo á su hermana que era para que se vistieran ella y Jael el día del grande aniversario.

— No digais que no hay bastante terciopelo, pues he pedido para cubrir dos cuartos grandes, y me parece probable que bastará para vestir á dos mujeres que no son de una corpulencia exagerada.

Mientras bromeaba de esta manera, las dos mujeres desplegaron el terciopelo, le miraban y le contemplaban.

M. Raby las dejó entregadas á tan grave ocupacion y se contentó con decirles al retirarse:

— Será un traje de ceremonia... No todos los días decapitan á un Raby.

Mrs. Little cortó los dos vestidos y Jael se puso á coserlos bajo su direccion.

Llegó el momento de probarlos y la jóven labradora pareció alarmada.

— ¡Cómo! exclamó, ¡voy á presentarme así medio desnuda!... ¡Oh! mistress Little, es imposible... ¡Qué vergüenza!...

Mrs. Little combatió los escrúpulos de su jóven amiga y siguió un gracioso diálogo, porque cada cual de las dos mujeres porfiaba en que tenia razon.

Por fin, Mrs. Little puso fin á la contienda con estas palabras decisivas:

— La costumbre lo quiere así. Yo llevaré el vestido escotado, y si vos no haceis lo mismo, mi hermano se ofenderá mucho.

Jael; pero no sin un verdadero terror, esperó el gran día en que debía presentarse vestida de una manera tan poco conforme con sus gustos y sus costumbres.

Enrique Little, que llegó algunos minutos antes de la comida, tuvo una breve conferencia con su madre.

La digna viuda parecía muy contenta y hasta algo excitada.

— Valor, hijo mio, le dijo; olvidad vuestras penas, que nos ocupamos de vuestra felicidad, desde este día se abre para vos una nueva era. Quiero abriros los ojos

(1) La interrupcion de las comunicaciones con Inglaterra, nos impidió recibir á tiempo la continuacion de esta interesante novela, que habiendo llegado ya á nuestras manos insertaremos desde hoy hasta concluirarla.

esta misma noche. No me interrogueis, que ya lo sabreis todo en el momento oportuno. Por ahora dadme un abrazo y dejadme que me engalane en honor de sir Ricardo.

Cuando Enrique bajó á la sala, halló á su tío con un jóven gentleman, de muy buen aspecto, entrambos con traje de ceremonia; el squire, que llevaba en su pecho las órdenes de los Estuardos, tenia toda la traza de un gran señor.

Con arreglo á las leyes de la etiqueta, presentó Enrique Little á sir Ricardo Raby, homónimo y descendiente como él del ilustre mártir.

Pero antes de que hubiesen tenido tiempo de hablarse, dos señoras de toda gala hicieron su entrada en el salon y deslumbraron á los dos jóvenes, particularmente á sir Ricardo, que las veía por la primera vez.

Mrs. Little, con sus hermosos cabellos negros, su semblante de un óvalo perfecto, y su aire majestuoso y elegante, era el tipo de la hermosura en la edad provechosa.

Su cútis dotado de ese tono mate que hace la gloria de las morenas, tenia aun mucho brillo, y habria podido engañar mucho sobre su edad, si dos círculos negros que aparecian bajo sus bellos ojos, no hubiese atestiguado los destrozos del tiempo y de las pesadumbres.

En suma, apenas parecía que tenia ocho lustros.

En la jóven rubia que la acompañaba, resplandecía por el contrario, la ideal frescura de las veinte primaveras.

Dos ojos azules cargados de languidez animaban un semblante, cuyas megillas ligeramente redondeadas, tenían la brillantez de la azucena y el aterciopelado del melocoton.

Mas lo que la hacia soberanamente bella, era la perfeccion escultural de las formas.

Su linda cabeza, adornada en la ocasion presente con una diadema de perlas, sobresalía del modo mas gracioso sobre un cuello de alabastro, largo, flexible, en un busto cuyos marcados contornos parecían trazados en el mármol mas bello y mas puro.

El conjunto ofrecía quizás un exceso de robustez, pero reinaban en él tanta gracia y armonía, el pecho era tan blanco y estaba tan admirablemente modelado, que se miraba con éxtasis á aquella espléndida criatura.

M. Raby y Enrique Little la vieron con estupor.

Aquella aparicion era para ellos una revelacion inesperada.

El squire, completamente subyugado, presentó la jóven al disoluto Dick (pues su huésped no era otro que el jóven pariente de quien se ha tratado en el primer capítulo de esta historia) diciendo con tono ceremonioso:

— Miss Dence, que desciende como nosotros del pobre sir Ricardo.

Y volviéndose hácia la jóven:

— Miss Dence, M. Ricardo Raby.

Jael se sonrojó algo mas que acostumbra á sonrojarse las altas señoras en tales ocasiones y el matiz rosado que momentáneamente se extendió en su cuello y en sus hombros, dió un nuevo encanto á su persona.

Sin embargo, hizo una reverencia muy graciosa.

Mrs. Little la habia dado lecciones de etiqueta, y las personas dotadas de tan perfecta simetría, adquieren la gracia muy naturalmente.

Se anunció la comida.

M. Raby colocó al disoluto entre su hermana y la beldad que acababa de revelarse bajo los auspicios de Ricardo el Decapitado.

Con una punta de ironía dió su razon en estos términos:

— Las mujeres no aborrecen á los calaveras.

— ¿Sois pues, un calavera? preguntó Mrs. Little sentándose al lado de sir Ricardo.

— Soy todo lo que queráis, respondió sir Ricardo con descaro.

La vajilla de lujo brillaba á la luz de cien bugías.

Dick que vió un puesto vacío en la mesa, preguntó si se esperaba á alguno.

— Es el puesto de sir Ricardo, dijo M. Raby. Aunque sea invisible, yo espero que asiste á mi convite.

Jael hizo un movimiento de espanto, y sobre este el Ricardo vivo agitó su pañuelo como para ahuyentar la sombra del difunto y exclamó:

— No tengais miedo, miss Dence, ya se ha marchado.

En suma, este personaje que era jóven, audaz, gracioso y estaba animado por la belleza de su compañera de mesa, quitó muy luego á la reunion el carácter de lúgubre solemnidad que el amo de la casa habia querido darla.

Además, su alegría siempre decente, acabó por comunicarse al mismo M. Raby.

Las dos mujeres se reian.

Únicamente Enrique Little permanecía silencioso y absorbido.

Cuando los convidados masculinos se reunieron con las señoras en el salon, sir Ricardo se mostró mas obsequioso que nunca con Jael, y sus atenciones tomaron desde aquel instante, el carácter de una corte en regla.

Su carruaje le esperaba hacia una hora y no salía.

Jael sostuvo el fuego con bizarría.

No era la primera vez que un hombre la hacia la corte; su hermosura la habia valido ya mas de una declaracion, y si el brillante gentleman descollaba en el ataque, la jóven no era menos diestra en la defensa.

Por lo demás, en esta ocasion como en las siguientes, desplegó una sensatez admirable, afectó considerar aquellas galanterías como una broma y aunque las acogía sin desagrado, no las daba importancia.

Sin embargo, aquella comedia de dos personajes no

parecía del gusto de Mrs. Little, quien llamó á su hijo aparte y le preguntó por qué consentía que sir Ricardo monopolizara la conversacion con la jóven.

— ¿Y qué puedo hacer yo? exclamó Enrique; le agrada, y no me extraño, Jael está magnífica, nunca la habia yo visto tan hermosa. ¡Y decir que tan bella criatura se ha dignado trabajar en mi fábrica!

— ¿Con sus hermosos brazos?

— Sí, y no es nada aun; esos hermosos brazos han sujetado á un hombre que queria asesinarme. Sin ella, no estaria yo aquí. ¡Pobre muchacha! ¿Creeis que ese molino de palabras pueda hacerla feliz?

— Jamás, no es digno de ella. No conozco un hombre, sino vos, que sea digno de Jael Dence.

— ¡Yo! madre mia, ¿perdeis el juicio?

— No, vos lo perderiais si rechazárais un partido semejante. No encontraréis jamás una mujer como esa...

Miradla bien; contemplad ese precioso rostro, esos hombros, esos brazos, esas manos y esos piés... No he visto nunca en una mujer tantas perfecciones reunidas. En cuanto á juiciosa, no se diga; en cuanto á sus sentimientos, vos mismo sabeis lo que ha hecho, ha estado á punto de perecer por salvaros la vida.... ¡Oh! Enrique, si por amor á una mujer que ya no se pertenece, cerrais los ojos ante esa angélica criatura, si permanecéis sordo á las instancias de vuestra madre, acabaré por creer que no teneis corazon.

— ¡Ojalá no le tuviera! Entonces me seria fácil hacer lo que me pedis. No, madre mia, si nunca hubiera yo visto á Gracia, quizás amaria á Jael; pero como mi corazon es de otra, la tengo y la tendré un cariño de hermano, nada mas.

— Ese cariño se cambiará en amor una vez casados.

— Quizás. Si yo sintiera en torno de mi cuello ese brazo que me ha salvado la vida, ese brazo ideal que oculta la fuerza con la gracia, quizás no resistiria; mas yo no puedo admitir tal suposicion en tanto que viva mi amada. ¡Bondadosa Jael! Habria deseado hablarla esta noche y veo que es imposible... Hasta mañana, madre mia, me voy á acostar con mis negros pensamientos.

Y sobre esto salió sin que le viera nadie.

En la mañana siguiente Enrique Little pidió á Jael una entrevista particular, que la jóven le concedió de buen grado, pero sin gran entusiasmo.

Dirigieronse hácia una alameda solitaria del parque.

— No he podido hablaros ayer noche, dijo Enrique, tan absorbida estábais en la conversacion con el calavera.

— Es hombre de buena sociedad.

— Recuerdo el tiempo en que no desdeñabais la mia; pero es difícil hablar de fruslerías cuando se tiene el corazon quebrantado.

— Cierro, repuso Jael; me direis pues, lo que motiva esta entrevista.

Y pronunció estas palabras con un tono seco que no alentó nada al jóven.

Enrique replicó con cierta vacilacion:

— ¿Qué ha pasado en vos, Jael? Estais tan cambiada conmigo, que temo haber perdido á mi amiga como he perdido á mi prometida. Si es así, decidmelo sin rodeos, que no os cansaré mas con mis pesadumbres.

Jael pareció enternecerse con aquel acento de tristeza que dominaba en la voz de su interlocutor.

— M. Little, dijo, no puedo perdonaros que partiérais clandestinamente y sin decirme adios en aquella noche fatal. Nunca podreis saber lo que he sufrido, pero podeis estar seguro de que mi enojo no se acabará sino con mi vida.

— Muy severa sois, contestó Enrique bajando la cabeza. Creia haberos dado mis razones y haberos explicado por qué me limité á escribiros, cuando ni siquiera me despedí de Gracia. Además, he reconocido mis culpas y solicitado el perdon; pero ya que no quereis concedérmelo, no hablemos mas del asunto. Me someto á mi destino. Dejadme solo que estreche por última vez esa mano leal que me ha salvado la vida.

Y al hablar así tomó la mano de la jóven y la llevó á sus labios, dejando caer una lágrima sobre ella.

— Adios, querida Jael, añadió con voz desfallecida. Su dolor desarmó á Jael.

La jóven estrechó largamente la mano de Enrique.

— No, no, dijo con emocion, ya sabeis que entre nosotros no puede haber rencor. Olvidemos el pasado y decidme lo que puedo hacer por vos.

Enrique se sintió humillado con el auxilio que le ofrecian en aquellos términos.

Al cabo de una pausa exclamó:

— En suma, un mendigo debe contentarse con la limosna que recibe... Quería suplicaros que me dijerais en dónde está Gracia.

— Lo ignoro.

— Sin embargo, la acompañasteis en su fuga.

— Sí, la acompañé hasta Nueva-York, pero allí la dejé; tenia intencion de dirigirse hácia el Norte y yo ignoro el lugar de su retiro.

— ¡Cómo! ¿Ni aun en vos ha tenido confianza?

— Y ha hecho bien; cuantos menos confiantes tiene un secreto, mejor guardado está.

— ¿Volverá? ¿Os dió parte de sus planes?

— No lo recuerdo. Lo que sí dijo que su regreso dependia de vos. ¿No os ha escrito una carta en ese sentido?

— En efecto, son los propios términos de su carta.

— Pues bien, no teneis mas que conformaros con lo que exige de vos. Renunciad á vengaros de Coventry y la vereis. Os ha dado su palabra.

— ¿Y cómo la puedo yo comunicar mis disposiciones?

— En efecto, son los propios términos de su carta.

— Pues bien, no teneis mas que conformaros con lo que exige de vos. Renunciad á vengaros de Coventry y la vereis. Os ha dado su palabra.

— ¿Y cómo la puedo yo comunicar mis disposiciones?

— En efecto, son los propios términos de su carta.

— Pues bien, no teneis mas que conformaros con lo que exige de vos. Renunciad á vengaros de Coventry y la vereis. Os ha dado su palabra.

— ¿Y cómo la puedo yo comunicar mis disposiciones?

— En efecto, son los propios términos de su carta.

— Pues bien, no teneis mas que conformaros con lo que exige de vos. Renunciad á vengaros de Coventry y la vereis. Os ha dado su palabra.

— ¿Y cómo la puedo yo comunicar mis disposiciones?

— En efecto, son los propios términos de su carta.

— Pues bien, no teneis mas que conformaros con lo que exige de vos. Renunciad á vengaros de Coventry y la vereis. Os ha dado su palabra.

— ¿Y cómo la puedo yo comunicar mis disposiciones?

— En efecto, son los propios términos de su carta.

— Es asunto vuestro. Mejor que yo sabeis cómo se comunica en nuestros días con una persona cuya residencia se ignora.

— ¿Con un aviso inserto en la segunda columna del *Times*?

— Justamente. En donde quiera que se encuentre, pienso que lee el *Times*, y principalmente los diarios de Hillsborough, con la esperanza de hallar algo que á vos se refiera. Yo me pongo en su lugar, como dice el buen doctor.

— Gracias, seguiré vuestro consejo.

Sin perder tiempo Enrique corrió á encerrarse en la biblioteca, donde redactó varios avisos que comunicó á Jacl.

Hé aquí el que obtuvo su aprobacion :

« H. L. á G. G.

« Me rindo á vuestros deseos. No buscaré venganza, ni repetiré las instancias que tan justamente os han ofendido. ¿Recompensareis mi sumision? Esperaré con paciencia. »

(Se continuará.)

## El orgullo de un hombre.

(Continuacion.)

— ¡Dichosa! interrumpió la jóven moviendo la cabeza.

— ¿Y por qué no, Clotilde querida? No soy yo el único que te ama, hay otras personas en las que has excitado un afecto vivo, profundo y desinteresado. Justamente hoy mismo, hija mia, has contraído una deuda de gratitud que será preciso pagar.

— ¿Qué quereis decir, padre mio?

— Alguien ha aventurado su vida hoy para salvar la tuya; lo que hace digno de alguna recompensa á ese pobre... Alberto.

La jóven se estremeció.

— ¡El, padre mio! ¿Es él quien me ha salvado? ¡Ah! no es posible; porque mi vida no puede importarle, puesto que ama á otra... Aquel afecto que algunas veces solía manifestarme, sería lástima, y no otra cosa...

Sonrióse el caballero al oír lo que en su turbacion acababa de declarar Clotilde; y esta, comprendiendo su yerro, se sonrojó y bajó la cabeza.

— Ahí está, dijo M. de Clermont, en voz baja, y señalando á la puerta.

— ¿Es posible? exclamó asustada Clotilde: ¿que no entre! ¡no quiero verle! ¡padre mio, os lo ruego!

Sin darle oídos el caballero, abrió la puerta de la antesala, y Alberto pálido y trémulo fué á arrodillarse delante de la jóven, no pudiendo pronunciar una palabra.

Las facciones de Clotilde tomaron una expresion helada, y se levantó majestuosamente de la silla.

— Señor mio, dijo con afectada compostura, abandonad una actitud que no conviene ni á nuestra recíproca situacion, ni al sacrificio que por mí acabais de hacer. Mi padre, porque no ignorais sin duda los lazos que me unen al caballero de Clermont, me ha referido el extraordinario servicio que os debí en una ocasion... (aquí empezó á temblar la voz) en una ocasion en que graves disgustos personales me arrastraron á la desesperacion. Os debo sinceras gracias, caballero, porque esta vez no habia á mi lado persona alguna que pudiese inspiraros esa generosidad. Mi gratitud y mi reconocimiento, serán eternos.

Por mas fuerza de alma de que estuviera dotada Clotilde, no pudo sostener hasta el fin aquella afectada severidad, y al acabar de pronunciar estas palabras, prorumpió en lágrimas y sollozos. Aprovechándose Alberto de aquel enternecimiento, le dijo con acento suplicante.

— Por piedad, señorita, compadeceos de mí, y no me condeneis sin oírme. Grandes faltas cometí sin duda sacrificando un amor puro, profundo y verdadero, á miserables proyectos de ambicion y de orgullo...

— ¿Ignorais, caballero, dijo Clotilde interrumpiéndole y esforzándose para dar á sus palabras el acento de la fria urbanidad, que no puedo comprender vuestras palabras, y que me es imposible escuchar una justificacion cuyo objeto me es desconocido?

— Clotilde, le dijo al oído M. de Clermont, no olvides que le debes dos veces la vida.

— Me haceis notar, padre mio, que el señor Latouche abusa de sus favores.

— Clotilde, exclamó Alberto desesperado; con resignacion oíré cuantas reconvenções querais dirigirme por mi conducta anterior, que hace mucho tiempo atormenta mi conciencia. Confieso que he cometido grandes faltas; pero al menos dejadme esperar que en lo sucesivo mis atenciones, mi constancia, mi ardiente amor lograrán borrar esos funestos recuerdos...

— ¡Nunca, señor mio! dijo Clotilde volviendo la cabeza á otro lado.

— Hija mia, repuso el caballero con dulzura; tambien tienes mucho que perdonarme á mí, porque la cau-

sa de Alberto es quizá enteramente semejante á la mia. Siempre fuiste sacrificada á ideas de ambicion, de aparente decoro, de orgullo...

— Padre mio; en cuanto á vos, ¿de qué puedo acordarme sino de vuestros beneficios?

— Está bien, hija querida; mas no debes olvidar que en el castillo de Sibry, adonde volvemos, pesan sobre tí sospechas injuriosas, y que solo M. Alberto puede reparar...

— Mi padre sabe que estoy inocente, y esto me basta. Por otra parte, ¿á qué vamos á ese castillo de Sibry en donde he pasado tan terribles horas de angustia y desesperacion?

— Es preciso volver allí, dijo el caballero con grave aspecto; para realizar mis proyectos es forzoso que volvamos á Sibry, y que por algun tiempo ocultemos los lazos que nos unen... Nos quedan deberes muy importantes que cumplir con respecto á esa noble familia.

— Obedeceré á mi padre, dijo la jóven resignada.

— Y ¿perdonarás á Alberto?

Clotilde titubeó durante algunos segundos.

— No sé, contestó al fin muy turbada.

Alberto se apoderó de su mano cubriéndola de besos y de lágrimas.

— Vuestra es, le dijo al oído el caballero, dentro de unos días hablaré á vuestros padres, y todo se arreglará.

En aquel momento entreabria discretamente la puerta Benito Remi para anunciar que un carruaje esperaba á Clotilde y al caballero á fin de conducirlos al castillo, M. de Clermont detuvo al digno hombre diciéndole con cordialidad.

— Dos veces, amigo mio, habeis hecho á esta jóven y á M. Alberto servicios tan importantes, que todo el oro del mundo no pudiera pagarlos. Sé muy bien que tenéis un orgullo demasiado noble para aceptar ninguna especie de recompensa, pero si alguna vez como amigo pudiera yo seros útil en algo...

— Eso me gusta mas, contestó el buen contrabandista; porque como decís muy bien, yo no vendo ni mi sangre ni mi vida sino tabaco y encajes... A propósito de esto, ¿si quisiérais llevar en el coche las cien varas que me encargaron en el castillo?

— Sin ningun reparo, replicó el caballero recibiendo el bulto que le presentaba Benito; y además yo mismo vendré á traerlos su importe.

— Tambien me agrada eso, porque así como no quiero nada de nadie, tengo mucho apego á lo que es mio.

— Y ¿me dais palabra de no descubrir á persona alguna?...

— A nadie del mundo, perded cuidado: Yo no hablo nunca de lo que hago.

Alberto y Clotilde por su parte tambien dieron gracias al contrabandista y á su mujer; y despues el caballero y su hija tomaron el coche que les tenia abierto un lacayo cubierto de galones.

— ¿Qué hay de nuevo en el castillo? preguntó de paso el caballero.

— El señor conde está muy malo, segun dicen; respondió con respeto el criado. A escape tendido han marchado á llamar un médico de Givet.

Mucho lo temia, dijo entre dientes el caballero: ¿y de nuestra larga ausencia qué se dice? preguntó mirando fijamente al criado.

— El señor comandante ha dicho que consiste en el mal tiempo que os obligó á refugiaros aquí, por lo que están sin cuidado.

— No han caido en nada, se dijo á sí propio el caballero.

Alberto al montar en su caballo que le esperaba ensillado á la puerta, se aproximó al carruaje y saludó inclinándose en silencio.

— Callemos, y hasta mañana, le dijo con reserva el caballero.

El criado cerró la puertecilla y subió á su sitio. Alberto permaneció en pié é inmóvil, consternado al ver la indiferencia de Clotilde.

Al arrancar el carruaje una voz tímida y dulce que ya nada tenia de irónica, dijo con ternura:

— Adios, señor Alberto.

Arrebatado de alegría quiso aquel arrojarse al estribo, pero el coche partió con rapidez, y lleno de orgullo y de gozo exclamó el jóven:

— ¡Ah! sí, me perdonarás.

En el corto espacio de ocho dias pasados desde los últimos sucesos, muchas cosas habian mudado enteramente de aspecto en el castillo de Sibry. La mayor parte de los extraños atraídos por el deseo de divertirse lo abandonaron cuando siniestros pronósticos principiaron á anunciar una desgracia próxima á caer sobre aquella antigua mansion. Con facilidad se entiende que aludimos á las tristes consecuencias, que produjeron en el conde de Sibry las violentas escenas que hemos referido. No pudo soportar la agitacion que le causaron, rompiéronse los últimos hilos de su vida, y en los momentos en que anudamos la historia, no quedaba esperanza de que pudiera conservar su existencia.

Sin embargo, algunas pocas personas permanecian en el castillo, unas por curiosidad, como los esposos Monteil, otras por necesidad ó ignorancia de lo que la buena educacion prescribe, como los esposos Bernard, y otras por el deseo de ser útiles y consolar si era preciso á los que los habian obsequiado; en cuyo caso se encontraba el capitán Ducoudray; si bien puede decirse que vivian todos en el castillo sin ver ni oír á sus dueños. Madama de Sibry, despues que se hubo reconciliado con su marido, rara vez se separaba de la cabecera del conde, por lo que el cuidado de hacer los honores de la casa habia

recaido exclusivamente en M. de Clermont. El abatimiento de Hermancia desde que principió la enfermedad de su padre era tan fuerte, que le impedia ayudar en nada á la condesa; y á pesar de que Clotilde, cada vez mas afectuosa para con ella, procuraba consolarla, un pesar profundo ó algun remordimiento parecian socabar y destruir su salud.

En la tarde del octavo día se hallaba reunida en la biblioteca una sociedad bastante numerosa. Desde por la mañana el enfermo se habia ido agravando de hora en hora: los médicos de mas crédito en la provincia habian sido llamados, y en aquel momento mezclados con los demás habitantes del castillo hablaban entre sí manifestando gran desasosiego. Dentro del gabinete del conde solo estaban la condesa, el caballero, Hermancia y Clotilde que esperaban con ansiedad saliese de la alcoba el padre Todos-Santos, venerable eclesiástico que habia sido abad de uno de los mas ricos monasterios de las cercanías antes de la revolucion, el que estaba confesando y prestando los auxilios religiosos al enfermo. Profundo silencio reinaba en el cuarto, interrumpido solo por los sollozos que el dolor arrancaba á la condesa y á Hermancia. De vez en cuando un criado solia atravesar la habitacion con aspecto profundamente afligido dirigiéndose á recibir las órdenes que daba el caballero.

No se advertia tanta tristeza ni tanto silencio en la biblioteca, lo que es bien fácil concebir, puesto que allí no habia mas que indiferentes y extraños. El capitán era el único que se demostraba vivamente conmovido, viéndosele retirado en el hueco de una ventana con la cabeza reclinada sobre una mano y sin haberse movido de aquella actitud hacia una hora. Los demás charlaban tranquilamente, aunque en voz baja, sin acordarse de que en el cuarto inmediato estaba agonizando un anciano, mientras aun mas cerca su familia se hallaba su vida en la mas espantosa aliccion.

(Se continuará.)

## Explosion de la cartuchería de Vincennes

El día 14, á la una y media de la tarde, una espantosa detonacion resonó en todo Paris; la poblacion estaba conmovida, y se preguntaba cuál era el horrible siniestro que se tenia que deplorar. La primera detonacion fué seguida sucesivamente por otras.

Todo hacia temer una explosion del fuerte de Vincennes.

Nos apresuramos á ir á tomar informes y supimos que era el polvorin del polígono de Vincennes que se habia incendiado.

El que ha visitado el bosque de Vincennes, sabe dónde está situado el tiro del polígono; cerca del lugar donde se colocan las piezas para los ejercicios, se halla un gran edificio que tiene en los ángulos dos pabelloncitos; todo está rodeado por un muro bastante elevado y á poca distancia hay un cuerpo de guardia. En esta construccion se encontraba el polvorin que ha volado.

Segun los informes que hemos recogido, la centinela de guardia en el cuerpo habia oído, algunos segundos antes de la explosion, un ruido semejante al de un pistón que revienta y luego se oyó la detonacion. Ni el centinela, ni los hombres del cuerpo, por una casualidad providencial, han sido heridos. Los cuerpos del edificio se han hundido, y los restos han sido arrojados á gran distancia.

Varios artilleros que estaban en el recinto, cinco han muerto y ocho ó diez han sido gravemente heridos. Algunas personas que se encontraban en el bosque han sido heridas tambien con mas ó menos gravedad. Se citan á dos señoras.

Los escombros del edificio han cubierto la parte subterránea del polvorin; pero algunos fragmentos encendidos que estaban en medio, han ocasionado la explosion de bombas y cartuchos que estaban depositados allí.

En el momento llegaron cuatrocientos soldados del fuerte, los bomberos de Saint-Mandé y de Charenton para prestar socorro; casi en el mismo instante llegaba el general Ladmiraull, gobernador de Paris, seguido de su estado mayor. El general creyó prudente hacer alejar á los trabajadores y mantener á distancia á la multitud que se habia trasladado á este punto.

Numerosos destacamentos de guardianes de la paz y los comisarios de policia de Paris, vecinos de este barrio, habian establecido un servicio de órden. El jefe de la policia municipal se trasladó tambien al lugar de la catástrofe.

Hasta las seis de la tarde las detonaciones se siguieron de cuando en cuando; eran las bombas que reventaban, y se distinguia perfectamente el tiro de los cartuchos al inflamarse.

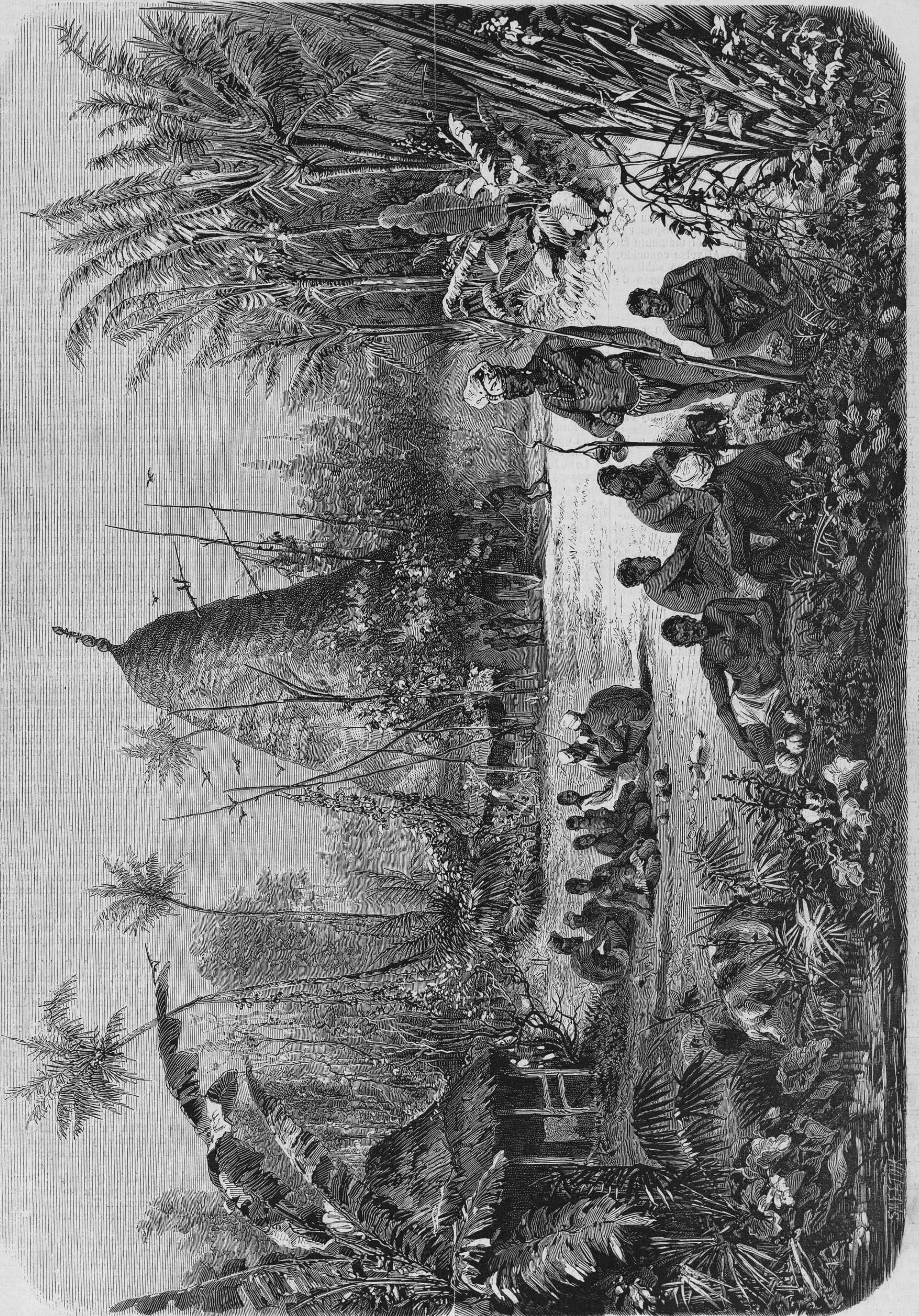
Un capitán, comandante de la batería 23, de guarnicion en Vincennes, que dirigia á los trabajadores, ha sido herido.

El día 17 aun no dejaban á la gente acercarse al polvorin, mas que á 4,000 metros de distancia.

Se ignoran las causas de este desastre, pero hasta ahora nada da lugar á suponer que sea obra de malevolencia, y sí solo un efecto del acaso. D. O.



Explosion de la cartucheria de Vincennes.



LA NUEVA CALEDONIA. — Tienda de un jefe caledona.

SWIFT

Bernabé Rudge,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion — Véase el número 967.)

El amigo no tuvo pues mas remedio que dar á su rostro la sonrisa mas brillante de que podía disponer y hacer una reverencia propiciatoria en el momento en que fijó en él sus ojos M. Haredale. Al verse conocido, alargó la mano con torpeza y embarazo, que subieron de punto cuando Haredale la rechazó con ademán de desprecio, diciendo friamente:

— ¡Gashford! Veo que no me habian engañado. Segun parece, caballero, habeis arrojado por fin la máscara y perseguís ahora con el amargo ardor de un renegado á los que piensan como pensábais vos en otro tiempo. ¡Grande honra para la causa que abrazaís, caballero! Felicito á esa causa por semejante adquisicion.

El secretario se frotaba las manos haciendo muchas reverencias como para apaciguar á su adversario humillándose, y sir Chester exclamaba con el mayor júbilo: — Ea, confesemos que el encuentro ha sido muy extraño.

Y sacando la caja tomó un polvo con su calma ordinaria y sonriendo.

— Haredale, dijo Gashford, alzando los ojos con temor y bajándolos en seguida cuando encontraron la mirada fija y firme de su antiguo amigo, sois hombre de conciencia, muy noble, muy sincero y muy leal para que atribuyais á motivos indignos un cambio de opiniones lleno de lealtad, aunque estas opiniones no estén precisamente de acuerdo con las vuestras. Sois muy justo, muy generoso, de una inteligencia muy elevada para...

— Continúad, caballero, repuso Haredale con sarcástica sonrisa al ver que Gashford se interrumpia confuso y avergonzado.

Gashford se encogió de hombros, y bajando los ojos, guardó silencio.

— No se puede negar, dijo sir Chester acudiendo entonces en su auxilio, que el encuentro ha sido muy singular. Perdonad, querido Haredale, pero creo que no os ha admirado tanto como lo merecia. El caso no es para menos. Nos hallamos aquí, sin habernos dado cita, tres antiguos compañeros de colegio reunidos en la sala de Westminster; tres antiguos pensionistas del triste y fastidioso seminario de San Omer, donde los dos estabais obligados por vuestro título de católicos á seguir vuestros estudios, y donde yo, una de las esperanzas en ciernes del partido protestante en aquella época, habia sido enviado para tomar lecciones de francés de un parisiense de pura raza.

— Podriais añadir una particularidad que da á nuestra entrevista un carácter mas extraño, sir Chester, dijo M. Haredale, y es que algunas de aquellas esperanzas en ciernes del partido protestante están ligadas en el Parlamento para despojarnos del privilegio abusivo y monstruoso de enseñar á nuestros hijos á leer y escribir; es que en este pais de pretendida libertad, en la misma Inglaterra donde ingresamos á millares todos los años en el ejército para defender vuestra libertad, y para ir á morir en masa á vuestro servicio en las sangrientas batallas del continente, vosotros tambien á millares, segun he oido decir, os dejais persuadir por ese M. Gashford de que es preciso que nos considereis á todos como lobos y fieras. Podriais añadir tambien que esto no obsta para que este hombre sea recibido en vuestra sociedad y se pasee tranquilamente por las calles en pleno dia con la cabeza erguida (no como en este momento), y os aseguro que es la particularidad mas extraña de este extraño encuentro.

— Sois muy severo con nuestro amigo, repuso sir Chester con una sonrisa, no hay duda, me pareceis muy severo con nuestro amigo.

— Dejadle continuar, dijo Gashford estrujando los guantes, dejadle continuar. No me falta paciencia, sir Chester. Cuando se tiene la honra de merecer vuestro aprecio, se puede pasar muy bien sin el de Haredale. Haredale es uno de esos hombres que se reconocen bajo el peso de nuestras leyes penales, y naturalmente no debo esperar que hable en mi favor.

— ¡Que hable en vuestro favor! repuso Haredale lanzando una mirada amarga á su antiguo compañero. ¿Qué necesidad teneis de mi apoyo si contais con el de vuestros amigos? ¿No sois ambos la esencia de vuestra famosa asociacion?

— Debo deciros, respondió sir Chester con la sonrisa mas amable, que estais en un error, y extraño mucho que un hombre tan exacto, tan justo y tan entendido haya podido incurrir en él. No pertenezco á la Asociacion de que hablais; es verdad que profeso un inmenso respeto á sus individuos, pero no formo parte de ella, aunque me opongo por conciencia á que os restituyan vuestros derechos. Considero esta conducta como un deber, y lo siento en el alma, pero es una necesidad

imperiosa y que me cuesta mayores sacrificios de los que os imaginais... ¿Quereis un polvo? Si no teneis inconveniente en tomar esta ligera infusion de un perfume inocente, os aseguro que encontrareis su aroma exquisito.

— Perdonad, sir Chester, dijo Haredale haciendo ademán de que no tomaba polvo, perdonad si os he colocado en la categoria de los humildes instrumentos que trabajan públicamente. Hubiera debido hacer mas honor á vuestro genio. Los hombres de vuestra capacidad se complacen en maquinan impunemente á la sombra y en dejar á sus hijos perdidos expuestos al primer fuego de los descontentos.

— No teneis necesidad de excusaros, Haredale, dijo sir Chester siempre con la misma amabilidad. Seria muy ridiculo que entre amigos tan antiguos como nosotros no pudieran usarse ciertas libertades.

Gashford, que habia estado en tanto en una agitacion perpétua, pero sin levantar los ojos, los volvió en fin hácia sir Chester y se aventuró á decirle al oido que tenia que partir para no hacer esperar á lord Jorge.

— No os tomeis tanta molestia, caballero, le dijo Haredale, porque voy á dejaros en paz continuando mi camino.

Y así iba á hacerlo sin ceremonia, cuando le detuvo un rumor de voces y de pasos que se oia en el extremo de la sala, y dirigiendo la mirada en aquella direccion, vió llegar á lord Jorge Gordon rodeado de una gran multitud.

El rostro de sus dos compañeros de colegio dejó ver, cada cual á su manera, una expresion de secreto triunfo que dió naturalmente á Haredale deseo de no retirarse como derrotado y de esperar á pié firme al jefe de la Asociacion protestante. Se irguió, pues, y cruzándose de brazos, tomó una actitud altiva y desdeñosa, en tanto que lord Jorge avanzaba lentamente al través de la multitud que en torno suyo se agrupaba hasta llegar al sitio donde estaban reunidos los tres antiguos amigos.

Lord Jorge acababa de salir de la cámara de los Comunes, y venia á la sala del palacio, esparciendo, segun su costumbre, durante su camino la noticia de lo que se habia dicho aquella misma tarde relativamente á los papistas, de las peticiones presentadas en su favor, de las personas que las habian apoyado, del dia que se votaria el bill y del momento oportuno que deberia elegirse para presentar á su vez su gran peticion protestante.

Explicaba todo esto á las personas que le rodeaban, alzando la voz y con exagerados ademanes. Los que se hallaban mas cerca se comunicaban sus comentarios y prorumpian en amenazas y quejas, y los que se hallaban mas distantes gritaban: « ¡Silencio! » ó bien: « ¡No cerreis el paso! » ó se empujaban unos á otros para quitarse los puestos; en una palabra, avanzaban penosamente, de la manera mas irregular y desordenada, como lo hace siempre la multitud.

Cuando llegaron cerca de donde estaban su secretario, sir Chester y M. Haredale, lord Jorge se volvió haciendo algunas reflexiones incoherentes de un género bastante violento, acabó con el grito vulgar de « ¡Abajo los papistas! » y pidió á la turba tres salvas de vitores para apoyar su proposicion.

Mientras se agrupaban en torno suyo para contestar con mayor energía, se desembarazó de la multitud y se acercó á Gashford.

Como ambos, lo mismo que sir Chester, eran muy conocidos del populacho, la multitud retrocedió para dejar á los cuatro juntos.

— Os presento á M. Haredale, lord Jorge, le dijo sir Chester al ver que el noble lord miraba al desconocido con expresion escudriñadora; un caballero católico desgraciadamente... siento mucho que sea católico... pero un amigo de la niñez á quien amo entrañablemente, y es tambien antiguo conocido de M. Gashford. Querido Haredale, este caballero es lord Jorge Gordon.

— Hubiera conocido al momento á Su Señoría aunque nunca le hubiese visto antes, dijo M. Haredale. Creo que no hay dos nobles en Inglaterra que, al dirigirse á un populacho ignorante y apasionado, fueran capaces de hablar en los términos injuriosos que acabo de oír, de una parte considerable de sus conciudadanos. ¿No os da vergüenza, milord?

— No debo contestaros, caballero, repuso lord Jorge en alta voz agitando la mano con emocion visible, nada hay de comun entre nosotros.

— Hay muchas cosas, por el contrario, que deberian ser comunes entre nosotros, dijo M. Haredale, y hasta puedo decir que Dios nos lo ha dado todo en comun... la caridad comun á todos los hombres, el sentido comun y las nociones mas comunes de la buena educacion que deberian prohibiros semejante conducta. Aun cuando todos esos hombres que os rodean tuvieran armas en las manos, como las llevan ya en el corazon, no me alejaria de aquí sin deciros que deshonrais vuestra ilustre estirpe.

— No os escucho, caballero, repuso lord Jorge en alta voz, no quiero escucharos, me inspirais tan solo lástima. Gashford, no contesteis (en efecto, el secretario parecia que iba á responder), nada tengo de comun con los adoradores de los ídolos.

Al pronunciar estas palabras dirigió un mirada á sir Chester; que alzó las manos y las cejas como para deplorar la conducta temeraria de Haredale, al mismo tiempo que dirigia á la multitud y á su jefe una sonrisa de admiracion.

— ¡Replicarme él... él! exclamó Haredale mirando á Gashford de piés á cabeza. ¡Un hombre que principió por ser un ladron cuando no tenia dos piés de altura, y

que desde entonces ha sido el pícaro mas servil, mas falso y mas desvergonzado! ¡Un hombre que se ha arastrado como un perro toda su vida, despedazando la mano que lamia y mordiendo á los que adulaba! ¡Un estafa que en toda su vida no ha sabido lo que es el honor, la verdad y el valor, y que despues de robar la inocencia á la hija de su bienhechor, se casó con ella para atormentarla! ¡Un perro rastrero que iba á menear la cola á la ventana de la cocina para coger un mendrugo de pan! ¡Un mendigo que pedia tres peniques á las puertas de nuestras iglesias! Hé aquí el apóstol de fe cuya delicada conciencia reniega los altares donde se denunció públicamente el baldon de su vida... Ahora le conoceis... le arranqué la careta..

— Sois muy severo... demasiado severo con nuestro amigo, exclamó sir Chester.

— Dejadle continuar, dijo Gashford cuya repugnante cara, bañada en asqueroso sudor, se contraía horriblemente y estaba pálida como la de un cadáver, puede decir cuanto quiera, porque me es indiferente lo mismo que á milord. Si trata á lord Jorge como acabais de oír, ¿me puede tratar á mí con mas benevolencia?

— ¿No basta, milord, continuó Haredale, que yo, tan noble y caballero como vos, no pueda conservar mi propiedad, cualquiera que sea, sino por una connivencia con el Estado, aterrado de las leyes crueles fulminadas contra nosotros, y que no podamos enseñar á nuestros hijos en las escuelas los primeros elementos del bien y del mal, sino que es preciso además que lancen en pos de nosotros denunciadores como este hombre? Hé aquí un brillante jefe de coro para dar la señal de vuestros gritos de « ¡No mas papistas! » ¡Qué vergüenza, qué vergüenza!

El noble lord Gordon habia mirado repetidas veces de reojo á sir Chester como para preguntarle si habia alguna cosa de verdad en lo que decia Haredale de su secretario, y sir Chester le habia contestado siempre encogiéndose de hombros y guiñándole el ojo como si dijera:

— No, señor. ¿No veis que es loco?

Entonces, milord, contestó en voz alta y con afectacion:

— Caballero, no merecis contestacion, y me importa muy poco lo que decís. Os suplico por lo tanto que no me impongais vuestra conversacion y no me mezeleis en vuestros ataques personales. Cumpliré con mi deber respecto á mi pais y á mis compatriotas, y no me detendrán en mi camino las violencias, vengan ó no de los emisarios del papismo. He dicho. Venid, Gashford.

Habian dado algunos pasos hablando y llegaban á la puerta de la sala cuando Haredale, sin despedirse de ellos, se dirigió hácia la escalera del Támesis y llamó al único barquero que habia en la orilla.

Pero el populacho, cuya vanguardia no habia perdido una sola palabra de lord Jorge Gordon, y entre el cual habia circulado al momento el rumor de que el desecociado era un papista que acababa de insultar á milord por haberse erigido en abogado de la causa popular, se precipitó en tropel, y empujando al noble lord, á su secretario y á sir Chester, que hacian ademán de ir á su cabeza, se reunió en lo alto de la escalera donde M. Haredale esperaba al barquero, dejando un espacio vacío entre él y la turba.

Pero si esta estaba inactiva no lo estaban sus lenguas. Principió por alzar algunos sordos murmullos seguidos de algunos silbidos, que bien pronto se convirtieron en atronadores gritos.

Oyóse entonces una voz que gritó: « ¡Abajo los papistas! » y todo el mundo hizo coro, pero nada mas.

Un momento despues otra voz gritó: « ¡Apredremsle! » otra: « ¡Echémosle al rio! » otra voz vinosa: « ¡No mas papismo! » y mil voces repitieron como un eco este grito favorito que la turba acogió como una aclamacion general.

M. Haredale habia permanecido tranquilo hasta entonces en el primer escalon, pero al oír esta manifestacion, les lanzó á todos una mirada de desprecio y bajó lentamente la escalera.

Estaba ya cerca del bote cuando Gashford volvió el rostro con expresion inocente, y al mismo tiempo una mano se alzó en la turba y lanzó á M. Haredale una enorme piedra que le hirió en la cabeza y le hizo bambolear como si estuviera ébrio.

La sangre bróto al instante de la herida y empapó su vestido.

Haredale se volvió en el acto, y volviendo á subir la escalera con una audacia y una cólera que hizo retroceder á la turba, preguntó:

— ¿Quién ha sido? Que salga el cobarde que me ha tirado.

Ninguno se movió; pero me equivoco, hubo un hombre ó dos de los que estaban en última fila que se escurrieron á lo largo del muelle, y se pararon para mirar con las manos en el bolsillo como espectadores indiferentes.

— ¿Quién ha sido? repitió. ¡Que salga! Perro... miserable, ¿has sido tú? Si la piedra no ha salido de tu brazo, ha salido de tu lengua... Te conozco.

Y al pronunciar estas palabras se arrojó sobre Gashford y le derribó á sus piés.

Hubo entonces un movimiento súbito en la multitud, y varios brazos se levantaron contra él, pero al ver su espada desnuda todos retrocedieron.

— ¡Milord! ¡Sir Chester! gritó. Uno ú otro sacad la espada. Os pido una satisfaccion. Sacad la espada si sois caballeros.

Y al mismo tiempo pegaba de plano con su acero en el pecho de sir Chester, y se ponía en guardia con el

rostro inflamado y la mirada brillante, solo contra todos.

Un instante, un instante tan solo, rápido como el pensamiento, se vio pasar por el risueño rostro de sir Chester un relámpago sombrío que nadie había visto en él jamás. Un momento después, dió un paso adelante y tendió la mano hacia el arma de Haredale en tanto que con la otra apaciguaba á la turba.

— Querido amigo, os ciega la cólera; es natural, muy natural, pero eso os impide reconocer á los amigos entre los enemigos.

— Los reconozco muy bien; no temais que me equivoque, repuso casi loco de furor. ¡Sir Chester! ¡Lord Jorge! ¿No me oís? Sois unos cobardes.

— Calmaos, caballero, dijo un hombre saliendo de entre la multitud y conduciéndole con atención hacia la escalera. ¡En nombre del cielo, retiraos! ¿Qué queréis hacer delante de esa gente? ¿No veis que acuden á miles desde las calles inmediatas y van á despedazaros sin piedad?

Y en efecto, corría hacia la escalera una multitud inmensa.

— Antes de dar la primera estocada caeríais sin sentido bajo una lluvia de piedras. Retiraos, caballero, ó vais á sucumbir. Creedme, calmad el enojo, y seguidme... pronto... pronto.

M. Haredale, volviendo en sí de su ciego furor, reconoció la prudencia de este consejo y bajó la escalera acompañado de Juan Grueby, que era el hombre que le instaba para que se retirase.

Cuando Haredale entró en el bote, Grueby lo empujó con el pie y lo lanzó del golpe á treinta piés de la orilla después de recomendar al barquero que remase con fuerza. Entonces volvió á subir la escalera con tanta calma y serenidad como si acabase de desembarcar.

El populacho tuvo al principio intención de hacerle pagar cara su intervención, pero como Grueby era robusto y llevaba además la librea de lord Jorge, cambió de parecer y se contentó con lanzar hacia el bote una lluvia de guijarros que dieron inocentes saltos por el agua, porque la barca había pasado el puente y bogaba á todo remo cerca de la opuesta orilla.

Después de esta diversion el populacho se alejó del río dando grandes aldabonazos á la protestante en las puertas de los católicos, rompiendo algunos faroles y apedreando á uno que otro agente de policía aislado; pero cuando se anunció que llegaba un destacamento de guardias del rey, todos tomaron las de villadiego y quedó la calle barrida en un momento.

## XLIV.

Cuando se dispersó el grupo dirigiéndose en pequeñas fracciones hacia las calles más retiradas, solo quedó un hombre en el lugar de la escena.

Era Gashford.

Condolido de su caída, pero más abatido aun por la vergüenza, y furioso por el ultraje que acababa de recibir, se retiró cojeando y exhalando maldiciones, amenazas y venganza.

El secretario no era hombre que ahogaba su cólera en vanas palabras. Mientras evaporaba con estas efusiones violentas las primeras bocanadas de su odio, seguía con mirada fija á dos hombres que, después de desaparecer con los demás cuando se dió el grito de alarma, habían vuelto y se paseaban al resplandor de la luna por la orilla del Támesis en animada conversacion.

No dió paso alguno hacia ellos, pero esperó con paciencia en la parte en donde no alumbraba la luna que se cansasen de pasear y se internasen por alguna calle.

Les siguió entonces desde lejos, pero sin perderles de vista, y especialmente sin que sospechasen que les seguía.

Los dos paseantes entraron en la calle del Parlamento, pasaron por delante de la iglesia de San Martín, doblaron la esquina de San Gilles, y se internaron por la calle de Totten-ham-Court, á cuya espalda se hallaba entonces al Oeste una plaza llamada de los *Caminos verdes*. Era un sitio solitario y de mala fama que conducía al campo.

Los rasgos más notables del cuadro que presentaba este paisaje eran enormes montones de ceniza, charcos de agua cenagosa, grandes matas de zarza y de cardos silvestres, algunas estacas de palizadas antiguas, escombros de vajilla rota y algunos estercoleros donde crecía una yerba verde y lozana. Únicamente se veía allí algún caballo decrepito ó algún asno flaco atados á un poste con una cuerda larga que les permitía recorrer un ancho círculo y recrearse con la yerba que crecía entre las piedras. Estos animales estaban en completa armonía con el resto y anunciaban claramente, aun cuando las casas no lo hubiesen indicado, la pobreza de las gentes que vivían en los resquebrajados caserones que formaban la plaza y la temeridad del hombre que, llevando dinero en el bolsillo, se aventurase á pasearse por allí sin compañía después de anochecido.

Los pobres son bajo ciertos conceptos iguales á los ricos, pues tienen también sus caprichos en materia de gusto. Entre aquellas casuchas había algunas con sus correspondientes torrecillas y otras con falsas ventanas pintadas en las ruinosas paredes. Una de ellas sostenía un campanario en miniatura sobre una torre de cuatro piés de altura que servía para ocultar la chimenea, y ninguna dejaba de tener delante de la puerta un banco rústico. Los habitantes de aquel recinto se dedicaban al

comercio de huesos, trapos, vidrios rotos, ruedas viejas, pájaros y perros, y todos estos diversos objetos, desparamados sin orden, llenaban los corrales y esparcían un perfume, que no era de los más deliciosos, en el aire agitado además con los ladridos, gritos y llantos de chiquillos.

A este refugio siguió el secretario á los dos hombres que no había perdido de vista, y allí les vió entrar en una de las casas más miserables, que solo se componía de un aposento, y eso que no era muy espacioso.

Esperó en la plaza hasta que el rumor de sus voces, mezclado con discordes cantos, le dió á conocer que estaban de buen humor, y llegándose entonces á ella á favor de una tabla vacilante colocada encima de una zanja llena de cieno, llamó dando palmadas en la puerta.

— ¡Señor Gashford! exclamó el hombre que salió á abrir, quitándose la pipa de la boca con evidente sorpresa. No esperábamos tanto honor. Entrad, señor Gashford, entrad.

Gashford entró sin hacerse de rogar y dando á su rostro el aspecto más risueño.

En medio del aposento había un hornillo lleno de orin con fuego, porque, á pesar de que la primavera estaba muy adelantada, las noches eran frescas, y Hugo se calentaba sentado en un vetusto banquillo y fumando en su pipa.

Dionisio acercó una silla, su única silla, para el secretario, y volvió á sentarse en el banquillo, del cual se había levantado para ir á abrir la puerta.

— ¿Qué hay de nuevo, señor Gashford? dijo volviendo á tomar la pipa y mirando al soslayo. ¿Han llegado órdenes del cuartel general? ¿Vamos á ponernos en marcha? Contádnoslo, señor Gashford.

— Nada, no hay nada de nuevo, dijo el secretario haciendo un ademán de cabeza amistoso. Pero hay algo en efecto, porque se ha roto el fuego, y hemos dado principio hoy á la danza. ¿No es cierto, Dionisio?

— Pero ha sido un principio muy pobre, respondió el verdugo con voz ronca; ha sido un juego de niños.

— Eso no es nada, exclamó Hugo. Armad una bullanga en que se mate á alguno, y vereis de lo que soy capaz.

— ¿Es decir, preguntó el secretario con la expresión de fisonomía más repugnante y el tono de voz más meloso, que no tendríais inconveniente en tomar parte en una bullanga en que se matase á alguno?

— ¿Y lo dudáis? repuso Hugo. Yo nunca hablo en broma.

— Ni yo tampoco, dijo el verdugo.

— ¡Guapos muchachos! exclamó el secretario con un acento tan dulce como paternal. A propósito... añadió interrumpiéndose un momento para calentarse las manos y mirándoles después cara á cara, ¿quién ha arrojado aquella piedra?

Dionisio tosió y movió la cabeza como si dijera: ¿Quién lo sabe?

Hugo continuó fumando sin desplegar los labios.

— ¡Brava puntería! dijo el secretario volviéndose á calentarse las manos. Desearía conocer á ese hombre.

— ¿Desearíais conocerle? preguntó Dionisio después de mirarle para cerciorarse de que hablaba con formalidad. ¿Realmente teneis empeño en conocerle, señor Gashford?

— Realmente, respondió el secretario.

— Pues bien, no está lejos de aquí, dijo el verdugo riendo á carcajadas é indicando á Hugo con la punta de la pipa; este es vuestro hombre. ¡Mil truenos! señor Gashford, añadió en voz baja acercando su banquillo á la silla y tocando al secretario con el codo, es todo un hombre. Tan difícil es sujetarle como á un perro de presa sin cadena. A no ser por mí, iba á arrojar al río á aquel papista, y en menos que canta un gallo se armaba una de padre y señor mío.

— ¿Y por qué no? dijo Hugo con voz ronca cogiendo al vuelo esta última observacion. ¿Qué se gana en dar tiempo al tiempo? El que da primero da dos veces; este es mi sistema.

— Joven inexperto, dijo Dionisio moviendo la cabeza como si compadeciese el candor de su amigo, ¿suponeis acaso que ha llegado el momento? No; antes es preciso que se calienten las cabezas, que se prepare bien el terreno. ¿Os parece que no hay más que hacer una calaverada como la vuestra? Si os dejase la rienda suelta, mañana mismo dábais al traste con todo y arruñabais nuestra causa.

— Dionisio tiene razón, dijo Gashford con acento meloso, y habla como un oráculo; Dionisio conoce el mundo á fondo.

— ¿Cómo no he de conocer el mundo, si he ayudado á tantos á salir de él? dijo el verdugo riéndose y haciendo un gesto extraño.

El secretario se rió para tener contento á Dionisio, y dijo mirando á Hugo:

— Habreis podido observar que la política de Dionisio es también la mía. Habreis visto por ejemplo como me dejé caer al primer empuje y que no he opuesto la menor resistencia para evitar un conflicto. ¿Creis que me he caído por mi gusto?

— No teneis que jurarlo, exclamó Dionisio riendo á carcajadas, os habeis caído de golpe, señor Gashford, midiendo el suelo con todo vuestro cuerpo. ¿Sabeis lo que pensé entonces? Pensé que ya no volvíais á levantáros. En mi vida he visto caer á un hombre al suelo tan á plomo ni dando un batacazo tan solemne sino cuando se cae arrojando el alma por la boca. ¡Buenos puños tiene aquel papista! No puede negarse.

La figura del secretario mientras Dionisio se reía á carcajadas guiñando el ojo á Hugo que le acompañaba

en su risa y en sus guiños, hubiera podido servir de modelo para un retrato del diablo.

Pero continuó silencioso hasta que se calmó la risa de los dos amigos. Entonces dijo mirando en torno suyo:

— Se pasa aquí tan agradablemente el rato, Dionisio, que á no ser porque milord ha manifestado empeño en que cenase esta noche con Su Señoría, y ha llegado el momento de retirarme para darle gusto, me detendría aquí aunque me expusiera á tener un mal encuentro en el camino. He venido á visitaros para tratar de un pequeño negocio... sí... de una cosa que no sospechais siquiera. Y debe lisonjearos el que haya pensado en vosotros. Si algún día nos viéramos en la necesidad... ¿Y quién puede responder de que no llegue ese día? La vida es una cosa tan incierta...

— ¡Qué me direis á mí, señor Gashford! dijo el verdugo interrumpiéndole con un ademán de cabeza lleno de dignidad. ¡He visto tantas incertidumbres en lo que concierne á la vida en el mundo! ¡He visto tantas casualidades imprevistas!

Y pareciéndole el tema demasiado vasto para poder agotar todas sus reflexiones, continuó fumando y moviendo largo rato la cabeza.

— Decía, pues, repuso el secretario lentamente y con una intención marcada, que no podemos responder de lo que sucederá y si algún día nos viéramos en la necesidad de recurrir á la violencia, Su Señoría, que ha sufrido hoy todas las impertinencias imaginables, os ha elegido á los dos, porque os he recomendado como decididos y valientes, y como hombres con los cuales se puede contar, para encargáros de castigar á Haredale. Arreglaos con él como mejor os parezca con tal que no le deis cuartel y no dejéis en su casa dos vigas en pié en el sitio donde las colocó el carpintero. Saquead, incendiad lo que queráis, pero que no quede piedra sobre piedra. Dejadle á él y á todos los suyos desnudos como gusanos, en cueros como recién nacidos que arrojan sus madres en medio de la calle. ¿Me entendéis? dijo Gashford haciendo una pausa.

— ¿Si os entendemos? dijo Hugo. Me parece que hablais bien claro. Así me gustan á mí los hombres.

— No ignoraba que os gustaria el plan, dijo Gashford dándole un afectuoso apretón de manos. Ea pues, buenas noches. No será esta la última vez que vendré á visitaros, y prefiero venir aquí para que no os molesteis. ¡Buenas noches!

Y salió de la casa y cerró la puerta.

Los dos amigos se miraron con un ademán de satisfacción, y Dionisio dijo atizando el fuego:

— Esto es ya otra cosa, esto marcha.

— ¡Así me gusta! exclamó Hugo.

— Había oído contar que maese Gashford, dijo el verdugo, tenía buena memoria y una constancia sorprendente, y que ignoraba lo que es olvido y perdon... ¡Bebamos á su salud!

Hugo no se hizo de rogar, y sin derramar una sola gota de líquido en el suelo á guisa de libación, bebieron á la salud del secretario, el hombre según su corazón.

## XLV.

Mientras las pasiones más perversas de los hombres más malvados fermentaban en las tinieblas, y la capa de la religión con que se cubrían para ocultar las deformidades más asquerosas, amenazaba convertirse en sudario de todo lo más honrado y pacífico de la sociedad, sobrevino una circunstancia que trocó la posición de dos de nuestros personajes, de los cuales nos hemos separado hace mucho tiempo en el trascurso de esta historia, y que nos vemos obligados á ir á buscar ahora para presentarlos en escena.

En una ciudad de provincia de Inglaterra, cuyos habitantes se ganaban la subsistencia con trabajos manuales, especialmente tejiendo y preparando la paja para los fabricantes de sombreros y otros artículos de adorno, vivían con nombre supuesto y en una pobreza oscura Bernabé y su madre, extraños á los acontecimientos, á las diversiones y á los desvelos de este mundo y ocupados únicamente en ganarse el pan de cada día con el sudor de sus frentes.

En los cinco años que habían trascurrido desde que fueron allí á buscar un asilo, ninguna planta humana había cruzado el umbral de su [morada, ni habían reanudado su amistad en este intervalo con las personas de quienes habían huido. La triste viuda solo pensaba en trabajar en paz y sacrificarse en cuerpo y alma por su pobre hijo, y si la dicha pudiera ser alguna vez el lote de una mujer asediada por pesares secretos, hubiese podido creerse feliz entonces. La tranquilidad, la resignación y el amor puro y santo que profesaba á un ser á quien era tan necesaria, formaba el estrecho círculo de sus sencillas alegrías, y solo pedía al cielo una gracia, poder morir al mismo tiempo que su hijo.

El tiempo había trascurrido para Bernabé con la rapidez del viento; los días y los años pasaban sin desvanecer las nubes de su razón, sin que hubiese asomado con la aurora que debía ahuyentar la sombría noche de su inteligencia.

Muchas veces permanecía días enteros sentado en su banquillo junto al fuego ó en la puerta de la cabaña, ocupado sin descanso en la tarea que le había enseñado su madre, y prestando oído á los cuentos que ella le repetía para retenerle á su lado con el cebo de este ino-

cente ardid. El cuento de ayer era nuevo para él hoy, y lo escuchaba siempre con gusto; y en los momentos de tranquilidad se quedaba resignado en casa oyendo las historias de su madre como un niño y trabajando alegremente hasta que las sombras de la noche lo impedían.

Otras veces, y en estas ocasiones se veía la viuda apurada para ganarse la subsistencia, iba á vagar á la ventura desde las primeras horas del día hasta el momento en que el crepúsculo es vencido por la noche. Casi nadie en el país, ni aun los niños, podía perder el tiempo en la ociosidad, y no tenía compañero alguno que le siguiera á aquellas excursiones sin objeto. Por otra parte, aun cuando hubiera tenido una legión, nunca hubiesen intentado seguir sus pasos.

Sin embargo, habia en las cercanías unos veinte perros errantes cuya compañía le halagaba, y tomaba dos ó tres, y algunas veces hasta media docena, que le escoltaban ladrando y mordiéndole los talones cuando salía para alguna expedición que debía durar todo el día. Por la noche cuando volvían juntos, estaban tan cansados de sus correrías que alentaban como máquinas de vapor y sacaban un palmo de lengua, y únicamente Bernabé, en pie al día siguiente al despuntar la aurora, como si no hubiese salido en un mes, repetía con una escolta perruna de refresco sus paseos lejanos y volvía sin cansarse.

En todos sus viajes no faltaba Gripp metido en su cesta colgada de los hombros de su amo, y cuando el buen tiempo les ponía de alegre humor, no habia perro en toda la trailla que armase tanta algazara de gritos como el cuervo.

Sus placeres eran muy sencillos; un pedazo de pan moreno con un bocado de carne y el agua de una fuente ó de un arroyo bastaba para sus comidas. Bernabé se divertía en andar, correr y saltar hasta que se cansaba; entonces se tendía sobre la yerba, en medio de un sembrado ó á la sombra de alguna corpulenta encina, siguiendo con la mirada las nubes que cruzaban por la superficie del cielo azul y escuchando el canto de la alondra que se elevaba en el aire.

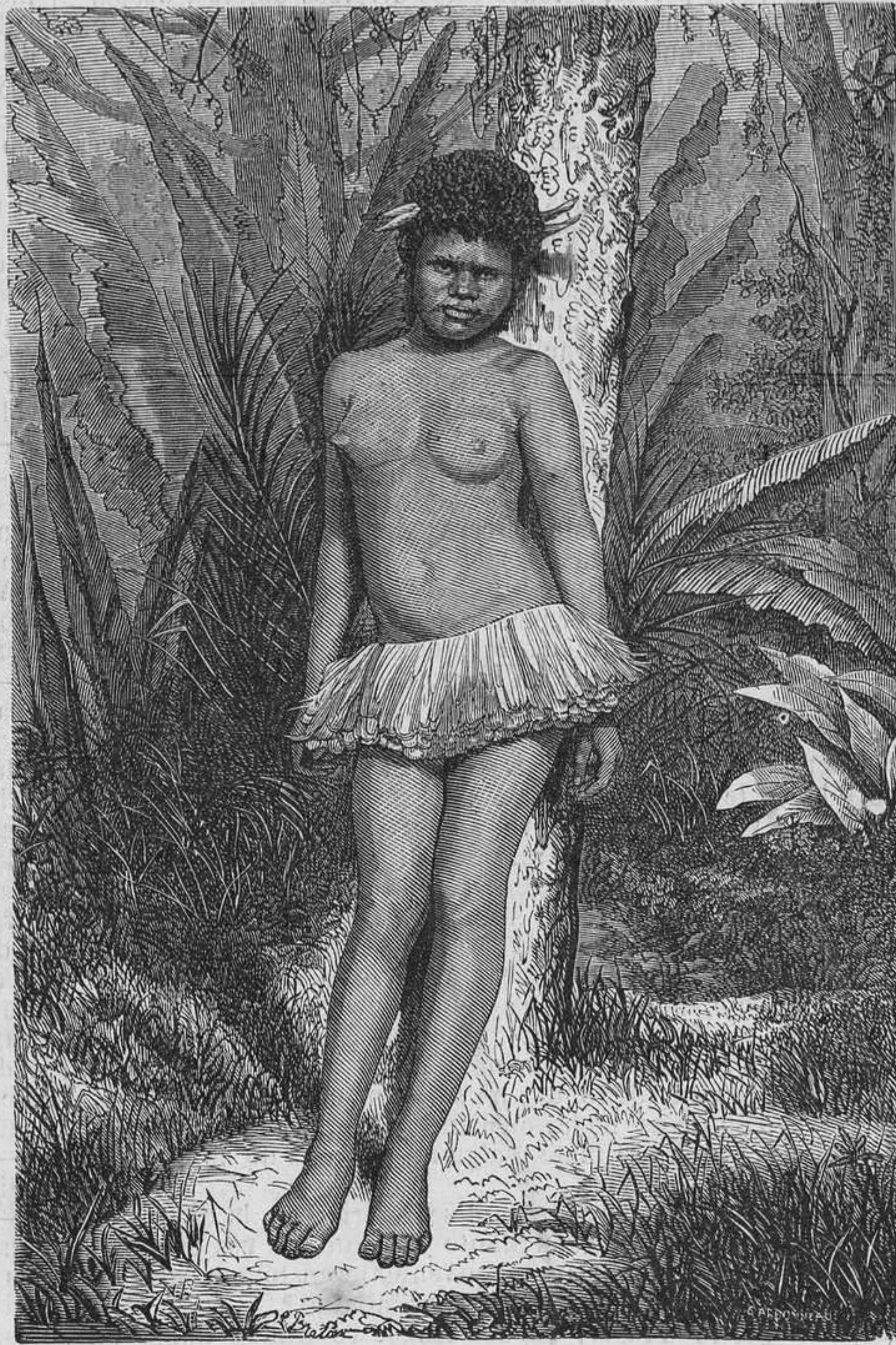
Habia además flores campestres que coger, el jacinto perfumado, la escondida violeta, la pálida margarita, el blanco jazmin ó la rosa de brillante corola; habia pájaros que contemplar, peces, hormigas, insectos, conejos ó liebres que cruzaban como una flecha por el bosque y desaparecían á lo lejos en las malezas; habia en fin millones de criaturas vivas que estudiar y acechar, y que acompañaba con palmadas cuando huían de su vista. Y á falta de este espectáculo, habia el sol alegre que perseguir á través de las hojas y las ramas de los árboles, donde jugaba al escondite con él, internándose adentro, muy adentro en recintos parecidos á estanques de plata, donde las ramas trémulas bañaban su follaje jugueteando; habia suaves perfumes en el aire en las tardes de verano cuando pasaba al través de las huertas y los campos, el aroma de las hojas ó del musgo húmedo, y la agitación viviente de los árboles, cuyas inconstantes sombras seguían todos sus movimientos.

Finalmente, si se saciaba de admirar el cielo y la tierra, ó mas bien para saborear mejor su goce, cerraba los ojos, y le visitaban los sueños mas hermosos en medio de aquellas inocentes seducciones del campo, con el blando murmullo del viento, cuya música amaban sus oídos y con todos los objetos cuyo espectáculo y cuyos rumores se confundían en un sueño deleitoso.

Su choza, porque no merecia otro nombre su morada, estaba situada fuera de la ciudad, á corta distancia de la carretera, pero en un paraje retirado, donde era muy raro que se encontrasen en ninguna estacion del año algunos viajeros extraviados. Detrás de la casita habia un huerto que Bernabé cultivaba ó regaba, pero sin orden ni constancia, pues tanto dentro como fuera de casa era su madre la que no cesaba de atender á todo sin hacer caso de la lluvia, del viento, del sol ó de la nieve.

Aunque muy lejos de las escenas de su vida pasada, y muy lejos especialmente de pensar ó de esperar que volviesen jamás, sentía sin embargo un extraño deseo de saber lo que pasaba en el mundo de actividad del cual vivía entonces separada.

Cuando llegaba á sus manos algun periódico atrasado ó algun papel extraviado con noticias de Londres, los leía con avidez, y la impresion que le causaban no era siempre agradable, porque en aquellos momentos se revelaban en sus facciones, aunque sin cansar su curiosidad, la mas viva ansiedad y las angustias del temor. En las noches de tempestad y en el invierno cuando el viento silbaba con furor, su fisonomía recobraba su antigua expresion y temblaba como en un acceso de calentura. Pero Bernabé no advertía nada, y ella se contentaba como mejor podia y acababa por recobrar su calma antes que su hijo reparase en el cambio pasajero de sus facciones.



LA NUEVA CALEDONIA. — La bella Jarat.

No sea que Gripp fuera un individuo ocioso ó inútil en la familia, no; merced á las lecciones de Bernabé, al desenvolvimiento de una especie de instruccion natural comun á su raza y al ejercicio que hacia de sus raras facultades de observacion, habia adquirido un grado de sagacidad que le habia hecho famoso á varias millas en contorno. Su estilo de conversacion y sus ocurrencias sorprendentes eran objeto de la admiracion general, y como iba mucha gente á ver el pájaro prodigioso, y cada curioso dejaba un recuerdo de su satisfaccion, cuando le daba la gana de hablar, porque no hay nada mas caprichoso que el genio, granjeaba con que añadir un recurso importante á las ganancias de la familia. Aun mas, parecia que el pájaro estaba convencido de su mérito, porque á pesar de la libertad sin reserva á la cual se abandonaba en presencia de Bernabé ó de su madre, guardaba en público una asombrosa gravedad, y no se rebajaba nunca á dar mas representaciones gratuitas que las de ir á picotear las piernas de los niños vagos (ejercicio, dicho sea entre paréntesis, que le divertía en extremo).

(Se continuará.)

## La Nueva Caledonia

Y LOS NEO-CALEDONIOS.

La vieja Europa se muere de plétora. Sus hijos apiñados no avanzan ya, y piden y reclaman aire para sus pulmones.

¡Aire y libertad! No faltan por cierto en lo restante del mundo, en tanto que aquí nos ahogamos. Estamos metidos en un agujero y decimos:

— ¡Este es el mundo!

Nada mas deplorable que esa ignorancia que condena á las generaciones á vegetar como las plantas.

La vida nueva, la que aun puede correr abundantemente para aquellos que por una educacion viciada ó por fatales costumbres entraron en rebeldía en París, es la existencia lejos de estas luchas en una nueva patria, en un país enteramente nuevo. Ninguna comarca mejor para este renacimiento puede ofrecer la Francia, que la Nueva Caledonia.

¿No se podria decir á esos desdichados?

— ¿Cuál es vuestro ideal? Un dominio mas vasto, una via mas fácil para llegar con rapidez á la fortuna; sois pobres, os morís de envidia y ahí reside todo el secreto de vuestra política y de vuestros odios. Pues bien; ¿ignorais que en vez de aniquilaros en una agitacion sin fin como el buque en el naufragio, sin mas que atravesar el Océano podeis gozar de una existencia cien veces mas preferible á la de los hombres que llamais dichosos? ¿No es nuestra patria el mundo entero, como el aire pertenece á todos?

Mirad esas hermosas tierras de la América del Sur, tan poco pobladas y donde podian prosperar holgadamente cincuenta millones de hombres; contemplad esas prodigiosas islas de la Oceanía que generosamente se ofrecen á vosotros, con sus riquezas minerales, su grandiosa vegetacion, su cielo mas clemente que el nuestro... todo eso es vuestro, ¿y no os poneis en marcha?

La Nueva Caledonia mas que lugar de destierro es un país de esperanza. Si la nacion francesa fuese mas emprendedora, mas colonizadora, tendria ya muchos de sus hijos en esa isla que puede considerarse como una de las mas bellas de la Oceanía. De unos 300 kilómetros de longitud sobre una anchura media de 30 á 40 kilómetros, contendria fácilmente tres millones de habitantes y apenas cuenta 3,000 colonos. Verdad es que era desconocida hace menos de un siglo y que hasta el año 1774 no fué descubierta por el ilustre viajero Cook. Posesion francesa desde 1853, ha sufrido la suerte de todas las colonias francesas, no ha prosperado.

La primera prueba de establecimiento penitenciario que se hizo en 1864, no se intentó en la tierra misma, sino enfrente de la capital Noumea ó Port-de-Francia en la isla Nou. Emplearon á los deportados en las obras públicas, en las construcciones de la ciudad. Desde entonces se han ido enviando cuerdas de prisioneros.

Es probable que dentro de pocos dias embarcarán para el mismo destino á los culpados que sin ningun pensamiento político y animados solo del espíritu de destruccion estuvieron á punto de consumir una revolucion en toda Francia. Es evidente que no todos los deportados habrán de

tener las mismas condiciones de existencia, y seguramente los menos comprometidos se hallarán sujetos á una vigilancia apenas visible.

Persistimos pues en considerar á la Nueva Caledonia como una segunda patria para los insurrectos que la sociedad francesa en uso de sus derechos arroja de su seno.

Atravesada en toda su longitud por una cordillera de montañas que se elevan gradualmente y que en algunos puntos tiene alturas hasta de 4,600 metros, la colonia francesa debe á esa disposicion una gran variedad de cultivos. En esas gradas naturales se dan tubérculos que producen una harina alimenticia, la batata, la caña dulce tan apreciada por los indígenas, el plátano, el coco, el tabaco, que fuman continuamente los naturales, hombres, mujeres y chicos; el café, la mayor parte de las especies, etc.

En cuanto á las sustancias minerales son menos numerosas de lo que se creyó en un principio. Se encuentran filones de hulla y señales de pepitas de oro; pero hasta ahora no han indicado los geólogos ningun criadero importante. Las exploraciones de varios ingenieros, entre otros de M. J. Garnier, que ha estudiado detenidamente el interior de la isla dan poca esperanza sobre este punto.

M. J. Garnier ha publicado recientemente una interesante obra sobre el estado físico y moral de la naciente colonia, en la cual nos traza singulares pinturas de los indígenas.

Los kanaks ó neo-caledonios son horribles negros muy dispuestos á devorar la carne de sus semejantes. Es verdad que la muerte los siega con una rapidez espantosa, y á fines de este siglo su raza habrá desaparecido completamente.

Por uno de esos hechos en apariencia fortuitos, y bajo los cuales se oculta alguna ley misteriosa, la llegada de los europeos ha sido causa de la desaparicion de los indígenas. No los han perseguido; pero lo cierto es que desde aquel tiempo los diezma la tisis, los mata la anemia.

Los indígenas asisten insensibles á la muerte de los suyos. Mas aun: es costumbre que si el enfermo pasa tres dias sin comer, se le arranque el resto de la vida, y ordinariamente quien se encarga de esta generosa ejecucion es un hijo, un padre ó un pariente próximo.

J. J. Garnier nos da en su historia algunos tipos de indígenas, y de ellos reproducimos aquí el retrato de la *bella Jarat*, que pasa por una beldad de primer orden, con su pelo crespo y aceitoso y su fisonomía de pura raza negra.

R. C.